

**UN SENTIDO PARTICULAR Y ESPECÍFICO DEL IR JUGANDO
Y DIBUJANDO EN LA CLÍNICA VINCULAR.**

Maestrando: Dr. Federico Raúl Urman

Directora de Trabajo Final de Maestría: Dra. Janine Puget (2019-20)

Dra.Paulina Zukerman (2021)

2021

A Isidoro Berenstein y Janine Puget por una obra que nos obra

INDICE

Resumen	Pág. 4
Introducción	Pág. 5
Material y método	Pág. 12
El ir jugando en familias con niños y adolescentes	Pág. 13
El juego de ir inventando clínica vincular psicoanalítica	Pág. 31
Ir dibujando en familias con niños y adolescentes	Pág. 53
Conclusiones	Pág. 78
Palabras clave	Pág. 81
Bibliografía	Pág. 81

Resumen

Este ensayo propone la consideración de una línea interpretativa, particular y específica, desde la perspectiva conceptual de lo vincular, para la comprensión de juegos y dibujos que se producen en situaciones clínicas conjuntas.

Independientemente de quién o quiénes lo estén llevando adelante o lo hayan finalizado, podría considerárseles como producción significativa de todos los sujetos presentes en la situación analítica. Es un nomadismo lúdico subjetivante compartido. Esta lectura no se opone ni excluye las interpretaciones tradicionales que se centran en el mundo interno de quien juega o dibuja, o en aquellas reflexiones construidas desde otras perspectivas de la clínica vincular. En realidad, las suplementan, de acuerdo a lo vincular y a la lógica del Dos, que es la que enfatizaré en este texto.

Examinaré, entonces, qué consecuencias clínicas, conscientes e inconscientes, puede tener la presentación de estos nuevos e inadvertidos sentidos colectivos que buscan alojar las diferencias y los movimientos heterólogos, y reflexionaré acerca del modo en que dichas intervenciones faciliten u obstaculicen la subjetivación de aquellos que participan en las situaciones clínicas vinculares.

Las viñetas clínicas, propias y ajenas, que incluyo, tienen la misión de ilustrar los conceptos que presentaré. Se trata, en estos casos, del desafío poético de transmitir una situación clínica a través de un relato que, en una reconstrucción de lo acontecido, acerque las migas de la experiencia vivida, aceptando que hay

siempre un resto inasible, indeterminado, aún no cognoscible, al modo del reto que exponía W. Benjamin.

Un poeta caracterizaba al tango como una historia triste que se baila, lo que es válido a partir de “Mi noche triste”. Carezco de tal poder de síntesis y esperando contar con la paciencia del lector; aguardo esa consideración e interés, como la compasión que F. Villon pedía a sus jueces. Es decir, que haya encuentro y que valga la pena.

Introducción

Quisiera comenzar recordando mi trayectoria clínica. Comencé a trabajar, hace varias décadas, con adultos, niños y adolescentes simultáneamente. Poco tiempo después lo hice con parejas y familias. Sólo en dos períodos, uno en una institución hospitalaria y luego en mi consultorio privado, fui co-coordinador en grupos de adolescentes. Esta amplia praxis clínica es la que motivó, y aún estimula, mi producción escrita. Mi formación, que sigue requiriendo nuevas reflexiones, comenzó mientras aún era un estudiante de Medicina. Fue significativa, entre las diversas lecturas, mi formación freudiana (R. Avenburg, G. Brudny, E. Nicolini, etc.) ,y el lugar que ocupan las renovadoras y lúcidas teorías de D.Winnicott (recuerdo afectuosamente las enseñanzas de M.L.Pelento,y las de J. Valeros y A. Paineira)..En relación a la clínica vincular, me fui progresivamente inclinando hacia las reflexiones que parten del cuerpo conceptual de lo identificado como lo vincular, es decir, del tejido teórico que han construido I.Berenstein(

1997,2001, 2004,2008) y Janine Puget (2015).Fue importante, en este sentido, el paso por los seminarios de la Maestría, en los que me interrogué acerca de estos conceptos, e incorporé elementos de otras teorías psicoanalíticas acerca de lo vincular y de filosofía, historia, antropología, sociología y derecho acerca de las problemáticas familiares. El juego y el dibujo no son instrumentos significantes que el niño monopolice. Pero junto con el modelado, son sus “vías regias” expresivas. Ambos han sido estudiados desde un encuadre bipersonal y su comprensión se ha centrado en el develamiento de la conflictiva latente del mundo interno del paciente designado. No podía, entonces, soslayar esa importancia. Interesado por estas herramientas, investigué qué aportes habían producido otros psicoanalistas. Desde mi propia experiencia me pregunté, por ejemplo, qué pautas podían ligar los modos en que un niño aprende y/o juega con los conflictos que motivaban la consulta. Reflexioné sobre esta cuestión en pacientes con patología psicosomática (F. Urman 1983,1990) y en cierta variedad de niños impulsivos (F. Urman, 2014). Una curiosidad parecida a la que despierta en mí el discurso lúdico me condujo a reflexionar acerca de las actuaciones que, en la adolescencia, caracterizan su discurso épico (cf., por ejemplo, F. Urman 2018). Temas que no incluiré en este ensayo.

Pero fue la praxis clínica vincular la que me llevó, con otros colegas, a una nueva cuestión. Desde un diferente dispositivo y desde otra experiencia vincular, ¿puede generarse una comprensión ampliada e inédita del sentido del jugar y dibujar? Creo haber encontrado, e intentado sistematizar, una nueva perspectiva que

habilitaría la posibilidad de distintas intervenciones, capaces de tener diferentes efectos, en comparación con las interpretaciones clásicas. Si se introdujo un término nuevo, “interferencia”, para suplementar el de “transferencia”, que estaba adscripto al territorio del Uno, ¿tendríamos que hacer otro tanto con “interpretación” que se ubica en el campo tradicional del sentido desiderativo?, Desde el estado de arte advertimos que la comprensión del juego y del dibujo enfatizan, tradicionalmente, el descubrimiento de elementos del inconsciente, sobre todo reprimido, que el paciente guardaba en su mundo interno, sin percatarse de ello. Las intervenciones del interpretador le permiten (re)apropiarse de ese capital ignorado (por las defensas del que juega y/o dibuja). Cuando se trata de más de un individuo, dicho criterio se reitera desde ese mismo vértice, aun cuando se admita que haya una comprensión más abarcativa en la que se visibiliza el efecto de la interacción entre los distintos yoes. Pasamos así de una interpretación intrasubjetiva a otra, intersubjetiva (afín al modelo identificatorio que emplea S. Freud (1921) en “Psicología de las masas...”.

En este sentido, Asturizaga,E; Unzueta,C.(2008), en su tesis sobre el estatuto del juego en la clínica infantil, trabajan sobre su comprensión en relación al mundo interno del paciente y afirman, desde un criterio metapsicológico lacaniano, que el juego es una respuesta de la estructura, en el lugar del fantasma, ante las exigencias o demandas del Otro.

Luzzi,A. M.;Bardi, D.C. (2009) se interesan por el juego como una herramienta importante en el trabajo clínico, y piensan en su implementación en relación a la

psicoterapia grupal de niños entre 6 y 8 años, y en su uso para la contención emocional de sus padres. Pero su trabajo es la revisión, un tanto monográfica, de las teorías freudianas y de la escuela inglesa (posiblemente de los conceptos freudianos leídos desde los conceptos de la escuela inglesa), y se detiene en el punto en que podría comenzar mi interés, pues no hay ninguna articulación con la experiencia clínica de las autoras ni ejemplificación de la influencia de sus conclusiones en sus intervenciones terapéuticas en los vínculos con los pacientes y/o con sus padres.

O. Ortellado (2019) en su trabajo sobre el tratamiento de un púber encopréptico, menciona el momento en que, en la primera hora de juego diagnóstica, juega al ajedrez, pero lo hace de tal modo que el objetivo era matar a la reina (que hace los movimientos del rey, mientras que éste tiene las posibilidades de la reina). Este planteo es interpretado como el deseo de matar a la reina para liberar al rey (pag.14) lo que evidenciaba una confusión en relación a los lugares y funciones del padre y de la madre.

M.C. Anton (2014) examina la experiencia lúdica desde los conceptos winnicotteenos y lacanianos. Relaciona al juego con la ausencia y la transferencia, con las pulsiones y sus puntos de fijación, y con la vida imaginativa y con la libertad con la que el yo opta y crea. Como vemos, se refiere a las teorías con las que estamos familiarizados y que centran su sentido en el mundo interno del sujeto que juega. Pero no considera que el ir jugando es, también, una experiencia social, al igual que ciertas expresiones de la libertad, desde otras teorías.

Kuras de Mauer,S.(2019) en su trabajo sobre las configuraciones gemelares, relata algunos aspectos del análisis de Joaquín, un adolescente de 17 años con dificultades en su constitución subjetiva, que habían estado disimuladas por el vínculo que había tenido con su hermano. Analiza alguna de sus producciones gráficas. Toma en cuenta su sadismo, sus inhibiciones para la exploración autoerótica, los conflictos en relación a su imagen especular por fallas simbólicas, por lo que no puede separar lo semejante y lo diferente. En uno de los dibujos presentados el blanco en el rostro de un personaje alude a sus conflictos identificatorios. Se refiere, por el tema de su trabajo, a la relación con su hermano y los otros vínculos no son examinados.

En el capítulo que escriben A.C. Berardi y otros (2019) en un libro acerca del juego, plantean que los juegos y dibujos son como puentes creativos tendidos entre el autor, que construye su neogénesis, y los otros. Reflexionan sobre la experiencia de un “taller de juego vincular” en el que un equipo multidisciplinario coordinó la actividad de un grupo de niños entre 2 y 4 años, severamente perturbados, y uno de sus padres. El objetivo era ayudar terapéuticamente a los pacientes a través de esta actividad creativa. Los padres inicialmente debían presentarse, presentar a sus hijos y sus actividades lúdicas. Tenían las actividades un comienzo y un final estructurados (se cantaba una canción de despedida) y trabajaron seis encuentros con la consigna de construir un objeto concreto o realizar una actividad programada en cada uno de ellos. Los padres debían registrar por escrito, luego de cada reunión, la experiencia de acuerdo a

pautas sencillas que les dieron. Trabajaron para lograr distinciones témporo-espaciales y del reconocimiento de sus cuerpos y sus límites, y el de los otros. Cuando terminó el taller los padres se llevaron los objetos producidos y un libro que incluía las observaciones de los padres relatadas desde la primera persona del hijo, que contaba cómo había participado la díada parentofilial y qué cosas le gustaron y qué otras le costaron. La actividad creativa, piensan, puede surgir desde el sostén de una rutina organizadora y desde el protagonismo de las intervenciones verbales de los adultos. Aunque mencionan el “entre” de I. Berenstein, la teoría predominante es la del encuentro entre un adulto portavoz y proveedor y la de un infans necesitado de ese sostén protésico, de acuerdo a las teorías de P. Aulagnier, que es quien da sentido a sus conductas. Se nota, en la propuesta del taller, como los coordinadores son los portavoces de los portavoces parentales. Las resistencias de padres e hijos fueron examinadas por separado. En estos dos últimos trabajos sintetizados, hay algunos conceptos que toman en cuenta las experiencias intersubjetivas, pero están planteadas desde la lógica del Uno, y de un modelo estructural-identitario.

Mi propuesta se asienta en otro terreno, con otros saberes y poderes: en el juego y el dibujo producidos desde el *entre dos o más sujetos del vínculo*, espacio instituyente de subjetividad, desde el que el ir jugando o dibujando se descentra del protagonista concreto que ejecuta esa creación, y toma este obrar como expresión metafórica de un colectivo instituido (por el hacer compartido a través del que se hacen presentes en el dispositivo los sujetos, incluido el terapeuta,

implicados emocionalmente en la experiencia) e instituyente, pues aporta conocimiento (también de lo no conocido) y reconocimiento del poder del grupo y el de estos integrantes que, afectados y marcados por lo que están viviendo, por lo que acontece, aumentan su complejidad subjetiva.

Intentaré entonces, como objetivos generales y específicos, describir, analizar y comprender las consideraciones teóricas acerca del sentido clínico del juego y del dibujo desde los conceptos de las teorías clásicas y de las producidas recientemente por los colegas confrontándolas con mi propia reflexión acerca de estas expresiones lúdicas que parten de lo vincular, y examinaré las convergencias y divergencias entre unas y otra. La interpretación que propongo avanza y explora el sendero situacional-acontecimental y se diferencia de la tradicional comprensión estructural-identitaria, asentada en una cuidada autopista de trayectorias aseguradas y monitoreadas, de desplazamientos habituales y anticipables, al modo del camino dorado que conduciría al encuentro con el mago de Oz. Acepto, en este sentido, la intemperie del laberinto de líneas paralelas, difícil, asintótico, pero productivo, como la coexistencia de las geometrías euclidianas y no euclidianas. El acontecimiento lúdico es el modo en que somos subjetivados en sesión y desde el que pensamos las conflictivas expuestas. No hago de lo estructural mi hogar, pero tampoco lo desdeño. El dispositivo es esa organización diseñada acerca del poder hacer, y que es previo al hacer que emerge imprevistamente en sesión, ese que sorprende e incomoda y puede llevar a hacer pensar. Si el psicoanálisis es un juego reglado, como veremos, sería

interesante analizar cuáles lo hacen posible. Estas reglas son creadas, consensuadas, transformadas y transgredidas en un entre inmanente, y pueden ser efímeras, pues responden a las ocasiones clínicas posibles o inesperadas que las proponen y presentan como necesarias. Reglas que esperan ser aceptadas, por transferencia positiva y por un mutuo respeto hacia la experiencia compartida con otros sujetos; son normativas, habilitadas y habilitantes que imponen límites que cuidan la producción de diferencias inéditas. Lo que puede discriminarse de una subordinación o sometimiento por una imposición desubjetivante en vínculos de dominación. Este deslinde entre consenso y acatamiento nos llevará, como veremos, a intentar enlazar la normatividad a la hospitalidad y a los distintos tipos de intercambio.

Reitero: no basta con enunciar que es posible clínicamente proponer una lectura del discurso lúdico desde lo vincular; hay que determinar qué problemáticas abre, y las condiciones en las que pueden ser interrogadas y pensadas.

Materiales y método

Esta tesis será cualitativa y, como ensayo, será argumentativa. Trabajaré sobre un terreno teórico, apuntando al análisis de conceptos teóricos, clínicos y técnicos, de la clínica vincular. Describiré, analizaré y buscaré comprender los elementos clínicos interrogados desde mi propuesta. También confrontaré con algunas de las teorías que, desde otros vértices, han trabajado estos temas. Si mis conjeturas señalan o visibilizan algún hallazgo también evidencian lo que resta sin saber y la

necesidad de volver a significar vincularmente, de copensar, estos temas efectuando nuevos recorridos y apropiamientos.

Las viñetas clínicas que acompañan estas reflexiones son materiales propios y de colegas que han supervisado conmigo y autorizado su difusión, y también las que otros autores han incluido en sus escritos. Son éstas las fuentes primarias y secundarias que he considerado como una ilustración de mis planteos. Se ha resguardado la identidad de las personas aludidas en estos ejemplos respetando celosamente el secreto profesional y criterios éticos que siempre deben preservarse.

El ir jugando en familias con niños y adolescentes

El juego puede ser considerado desde tres aspectos: desde la psicología, desde la psicopatología y en su instrumentación dentro de la teoría de la técnica. Como conducta creativa permite, en el niño, la expresión de su lógica infantil y de su capacidad epistemofílica y del ir aprendiendo de la experiencia. Muestra la manera en que suma su actividad imaginativa (su realidad psíquica) a la realidad externa convencional, que queda de este modo transformada creativamente.

Como está organizado al modo de un síntoma neurótico, es potencialmente analizable. Es el terapeuta quien decide el momento, el modo y el contenido de la información que proporcionará acerca de su sentido.

Más que hablar de juego, o de jugar, prefiero referirme al ir jugando en vínculos, para acentuar su devenir como praxis lúdica compartida con otros sujetos.

En la clínica, esa herramienta puede ser instrumentada a través del dispositivo que ofrecemos, y que es el más adecuando terapéuticamente para llevar adelante lo que en el próximo capítulo llamaremos el juego reglado del ir analizando. El material que investigamos, en cada sesión, es el producido desde un dispositivo en el que estamos fuertemente implicados.(F.Urman,2018)

¿Cómo trabajamos cuando es más de un paciente el que se presenta? Por ejemplo, una díada parentofilial. Aunque todo psicoanálisis es vincular, la clínica de lo vincular alcanza sus expresiones paradigmáticas en estos casos, es decir cuando se trata de la presencia de dos o más sujetos. En la entrevista que mantiene S. Freud con Juanito y su padre creo vislumbrar, con otros colegas (P. Zukerman, J. Moreno) el primer acercamiento a la clínica vincular con niños. En sus intervenciones, en esta experiencia, se dirige a los dos y visibiliza en ellas el clima ambivalente del vínculo entre ambos. Logra una adecuación terapéutica intersubjetiva que aún no es conceptualizable. El intercambio entre ellos es verbal, pero no banaliza el Profesor la importancia del discurso lúdico. Afirma, en ese sentido, que es cuando Juanito se permite jugar a ser un potrillo travieso, que alegre y despreocupadamente molesta y mordisquea al padre, que su línea interpretativa ha sido aceptada e integrada por el niño. Freud fue el terapeuta más que un supervisor en ese historial y hubo, para mí, sólo una sesión, al modo de las consultas terapéuticas que D. Winnicott desarrollaría más tarde. Hubo otros encuentros con Juanito, además de los registrados, e intervenciones en díadas,

como la mencionada, con pacientes adolescentes, pero no escribió sobre esas experiencias.

El ir jugando se inicia como una vivencia vincular, pues se realiza ante otro y tomando en cuenta a ese sujeto otro que se presenta. Y continúa de este modo. La existencia del jugar autoerótico o el que realiza cuando está solo, en el que los otros son sólo objetos representados con los que se relaciona en su mundo interno, no contradice esta afirmación, pues ambas posibilidades coexisten en cada sujeto. Mi impresión es que cuando alguien juega solo, instrumentando su capacidad auto-observadora, se trata de una situación que puede ser subjetivante, pero que no es una vivencia vincular. En interesante el modo en que I. Berenstein (2004).se refiere al fort-da del juego del nieto de Freud. La madre, cuando no estaba presente, le imponía al hijo que era un sujeto otro, y que no obedecía a su control desiderativo. Sustituía, entonces, el niño privado de ese contacto, en el juego, a la madre, como sujeto de vínculo, por la madre representada, objeto de sus investiduras libidinales, capaz de ser desplazada al carretel como objeto lúdico. La comprensión del juego, desde el Dos, aproxima los conceptos del psicoanálisis tradicional (la clínica de la ausencia) a las propuestas de lo vincular, la clínica de los sujetos que, desde el entre, se hacen presentes en su hacer. En las sesiones individuales, el niño puede jugar solo, en presencia del analista, o con él. Los planteos winnicotteenos en este sentido son muy ricos semiológicamente. Pero sus intervenciones se centraban siempre en el descubrimiento de los aspectos latentes del mundo interno del paciente, tal como

era significado desde su original marco referencial. Cuando compartía el espacio con sus padres trataba que éstos no interviniesen. En otras situaciones, cuando entrevistaba a una madre, por ejemplo, y ésta venía con su hijo, disponía juguetes para que jugara y poder, así, dialogar cómodamente con la madre, y obtener la información que necesitaba.

Otra es la propuesta clínica de S. Kleiman et al. (2001), comentando una viñeta en la que se percibe un clima caótico en una familia con niños: se superponen al hablar, cruzando quejas y reproches; los chicos corren y desparraman los juguetes. Una hija, llorando, reclama tener cable en la casa y su padre le advierte que no aceptará que vea tantas telenovelas y se compenetre tanto con sus personajes. La terapeuta les dice que les resulta difícil establecer entre ellos un cable o vínculo que les permita sostenerse mejor y construir una novela que no haga llorar y sufrir tanto, y alude a que el modo en que llevan adelante el estar juntos les hace difícil pensar y aclarar qué sienten y cómo cambiar. En este ejemplo, la analista interviene “...desde y hacia el conjunto que incluye al terapeuta.”(F.Urman,2012). Desde lo vincular, ese ir jugando (y jugándose) en sesión es, “...expresión genuina y camino metafórico privilegiado del conjunto, de lo que emerge entre los sujetos presentes, sujetados por ese conjunto que nos incluye.” (F. Urman, op.cit.)

Desde la perspectiva de lo vincular, sería más conveniente suplementar la noción de *escena*, que acentúa el marco intrasubjetivo imaginativo del niño, en el que se desarrollan las fantasías que se expresan en su ir jugando, por la de *situación*,

concepto que se refiere a un tipo particular de territorio subjetivante, que requiere ser atravesado o explorado en el nomadismo que el dispositivo abre al conjunto. Situación es la demarcación espacio-temporal subjetivante, el entre que organiza presencia y que, desde esa inmanencia, se produce y sostiene una inédita estrategia de pensamiento. El acontecimiento lúdico es el modo en que el conjunto se subjetiva y reflexiona acerca de su subjetividad. Puede aparecer un ahora presentacional inédito, una palabra inesperada (M. Blanchot), que no tuvo nunca un antes representacional.

Veamos dos ejemplos clínicos más, uno de un material de supervisión y otro mío, que ya comenté (F. Urman,2012).

Se trata de una familia con dos hijos. Predomina en ella un clima de descalificaciones, críticas y mutuas agresiones. El padre reacciona airadamente ante situaciones frustrantes y sus hijos tienen dificultades en sus estudios y en la integración social.

En el comienzo de una sesión sólo uno de los hijos está presente pues el mayor, malhumorado, no quiso entrar con ellos. La madre lo comenta y continúa hablando de sus preocupaciones: no es verdad que el dinero que tenía el menor lo haya encontrado, es mentira, porque se da cuenta que se lo sacó a ella. de su cartera. Se lo contaba al marido cuando el mayor se metió. El padre, levantando la voz, le dijo que no lo hiciera. Discutieron y el hijo, enojado, se fue. El hijo menor, anota la terapeuta, escucha el relato con despreocupación, como si no se tratara de él, mientras juega con unos bolos de plástico. Mientras el padre se queja del mayor:

“Se mete y quiere mandar”, el hijo va arrojando los bolos cada vez con más fuerza. Tras golpear la puerta, entra el hijo mayor, con una expresión que combina una sonrisa de cortesía social con una mirada desafiante. Se une a su hermano y tiran los bolos aún con más fuerza. Algunos comienzan a pasar muy cerca de sus padres. Hasta que el padre salta: “¡Basta! Van a romper algo.” El hijo mayor dice irónicamente: “Está divertido eso de molestar a ciertas personas...”. Cuando la madre les dice que tienen que parar, el hijo menor le responde: “¡Perdedora!”. Siguen de esta manera las notas de la colega: “Los bolos vuelan cada vez más peligrosamente. El padre, en tono monocorde, y con el rostro cada vez más tenso, les pide que dejen de tirar. La madre más enérgicamente. Los chicos se ríen y tiran cada vez con más fuerza. Como intento decir algo y sigue el revoleo de objetos, les digo a los chicos que deben parar por varias cosas. Una: porque parece que están haciendo un juego divertido, pero mi impresión es que el juego ya dejó de serlo, porque observo el riesgo que algo o alguien se lastime. Ya más dirigido a todos, digo que las risas que escucho no son de diversión, sino de burla y también de mucha excitación. El clima es de excitación y enojo. Se los nota a los cuatro muy alterados. Todo parece hecho a la fuerza: conseguir dinero, jugar, decir que no, querer hablar. Dejan de tirarse los bolos y escuchan. Van a dibujar.” Un poco después, en la sesión, tratan de hacer una rayuela con papeles. Se ríen, saltan, se caen. La terapeuta les dice:” Cuando están juntos les pasa algo parecido a querer jugar a la rayuela con papeles sueltos entre ellos y sin fijarlos al piso. Se tuercen, se mueven, se pueden resbalar”.

Considerando el mundo interno de estos hijos desbordados, podríamos recurrir a varios criterios psicopatológicos: impulsividad, juego excitado, conducta antisocial, defensas maníacas, jugar con trampas, identidad negativa, actuaciones, etc. Y que pueden ser adecuados para caracterizar sus actos y dichos. Pero no están solos, hay un hacer conjunto, y simultánea y sucesivamente, sus padres también están hablando y actuando. La dinámica grupal y lo que se configura en la sesión, ¿es diferente de lo que espontáneamente traman en su cotidianeidad? ¿Pueden escucharse y ser escuchados? La normativa disciplinaria moderna, que la terapeuta intenta transmitir, tal vez no sea sólo una aspiración social. El padre es quien lleva adelante ese reclamo; La “cadena de mandos”, siente, debería ser respetada. Para su familia debería ser obvio que él es el oficial, su mujer el suboficial y los hijos sólo obediente infantería subordinada. Pero, en las situaciones actuales, en las que el poder patriarcal declina, las instituciones han quedado desfondadas (C. Corea) y la infancia, como diría M. Cantarelli, ha sido destituida, ¿qué se puede hacer con lo que hay? Con lo que (les) pasa (a todos, en la sesión). No haré un análisis detallado de esta interesante sesión, sólo volveré a interrogarme acerca de la consideración del juego en la misma. Como suele pasar, el destinatario manifiesto de nuestras intervenciones puede ser un integrante, un subgrupo de sujetos o el conjunto en su totalidad. La terapeuta, en este caso, se refiere a los hermanos, como generadores del “ruido” amenazante y perturbador. Ese primer comentario es isomórfico con las quejas y críticas de los padres, y retiene entonces una habitual configuración binaria: los perjudicados

(víctimas)- los que perjudican (victimarios). En la siguiente intervención muestra otro panorama: todos sufren y de distinta manera se sienten forzados y maltratados. En la última intervención correlaciona cómo fueron jugando en la sesión con el modo en que se relacionan: fallan organizativamente porque no hay elementos fijos que den sentido a sus lugares y a lo que de ellos se espera. Ese modo de moverse y proceder no respeta las reglas de la rayuela.

Comparto con la colega el señalar que ese jugar habla del clima emocional en el que viven. Me parece que se podrían sumar más comentarios, pero habría que incluir otros interrogantes. Es verdad que jugaban a la rayuela de manera rara, sorprendente y desconcertante, pero ese modo singular de irlo jugando es lo que nos llama la atención e interesa. Son los gatos de cinco patas, los inclasificables, los movimientos aberrantes (G. Deleuze) los que atraen nuestra curiosidad. Lo que perturba e introduce caos, inconsistencia, complejidad o heterogeneidad. En un valioso y detallado material clínico, en el que algunos integrantes de una familia estaban jugando al ahorcado, la palabra elegida por uno de ellos, el neologismo “delfinario” apareció como un significante privilegiado, como un punto nodal metafórico, en relación a la problemática que la familia había producido en esa sesión para ser examinada (J. Moreno,2000).

Volvamos al material. Reconozco que me hubiera desconcertado esa rayuela y me hubiera sentido como Alicia ante el juego de cricket que establecía la Reina, con no menos fuerza que con la que los chicos establecieron su lanzar los bolos o la que necesitó la terapeuta para hacerse finalmente escuchar. Pero hubiera tratado

de aprender y, si me dejaban y/o lo necesitaban, de participar. Pero no se trata del juzgar convencional acerca de qué tan bien o mal uno se está portando (o jugando o interviniendo). Tiendo más bien a pensar que es la corriente transferencial-interferencial la que nos arrastra a todos, pacientes y analista, y nos deja parados en lugares insospechados. El clima con el que esta familia inicia la sesión, angustiado, tumultuoso, paranoide, caótico, invita, contratransferencialmente, a (im) poner orden. Resulta difícil eludir esta irradiación. Por eso la terapeuta muestra sus opiniones al respecto. Desde los criterios estructurales, LA ley debería caer desde el lugar del padre, como el maná del cielo. Estaríamos tentados a explicarlo todo desde las fallas en ese papá, que, en sus excesos, sugiere sus dificultades. De autoridad, de autorización. resaltaría Pablo Hupert. El segundo ejemplo es de mi práctica clínica y se trata de una familia que analicé hace varias décadas. Lo selecciono también porque me permite continuar desde conflictivas muy aproximables a las del caso anterior.

Los padres estaban separados y tenían dos hijos, de 10 y 12 años en esos momentos. Los padres se acusaban mutuamente de ser los causantes del desorden familiar y de los problemas de los hijos. El mayor se succionaba ansiosamente el pulgar cuando estaba nervioso y el menor tenía dificultades en la pronunciación de la “r”, y problemas de conducta en la escuela y en la aceptación de límites; su madre decía que el menor la agredía de una manera parecida a como se había sentido maltratada, en su matrimonio, por el padre de sus hijos. Luego de un par de meses, el padre dejó de concurrir al tratamiento, alegando que

la madre nunca cambiaría y que su salud peligraría si continuaba asistiendo. El fragmento de sesión que relato es el de un mes después de esa decisión.

El hijo mayor estaba en el escritorio dibujando. Solía dibujar escenas de guerra en la que intervienen personajes orientales, o de luchas entre naves espaciales. El menor estaba sentado sobre la falda de su madre, y, mientras la abrazaba, reiteraba cuánto la quería y cuidaba. La madre, con una expresión facial de sentirse complacida, se quejaba, sin mucha convicción, de cuánto le pesaba.

Entonces se levantó el menor y fue hacia el escritorio, instando a su hermano para luchar. Al principio se negó, pero, ante su insistencia, aceptó. Se pusieron a luchar, mientras comentaban sus habilidades en la técnica de sus movimientos, comparaban sus destrezas, sus poderes y las vidas que podían recuperar, la energía que enviaban o desviaban, etc. La madre observaba esta situación. Al principio con una tibia preocupación, luego con un abierto interés y entusiasmo, mientras comentaba: “Vio doctor? Lo mismo pasa en casa. Luchan todo el santo día. Yo no sé qué hacer. Ay, basta, basta, chicos, miren que pueden romper algo (con tono infantil). Y no, no paran. Chicos, miren que si siguen así el doctor nos va a terminar echando”.

Señalando la impulsividad, se acentuaría un clima sadomasoquista compartido por todos y, como familia, dan la impresión de ser una banda (barra) de chicos en banda. Digo “familia” pues desde el imaginario social –basado, en este caso, en lazos biológicos, y relaciones de parentesco validadas desde lo jurídico- lo son. Es difícil renunciar a la noción de “familia” para caracterizar ese conjunto de sujetos.

Aun tratándose de la horda humana, donde el incesto, el filicidio y el parricidio quedaban satisfechos, Freud no renunció a llamarlos de ese modo. Entonces, en este caso, ¿qué familia hacen desde lo que hacen? ¿Qué nos puede decir su ir jugando sobre el conjunto que constituyen? ¿Qué reglas inventan y con qué propósitos? ¿Cómo acercan, en esa praxis lúdica, necesidad y azar, lo que evocan y lo que acontece? ¿De qué modo se implican y participan?

Como queremos resaltar la comprensión del ir jugando en la situación clínica vincular desde lo que se produce dentro del dispositivo, es importante recordar una distinción que efectuara I. Berenstein (2010), en relación a dos modos de entender la clínica vincular. Lo que sigue es mi lectura de su propuesta. Así como F. Pessoa fue un poeta en el que vivían muchos poetas, la clínica vincular es un territorio que contiene diversos terrenos que es importante deslindar.

De acuerdo a un modelo, se entiende al vínculo como una relación entre yoes. Es un modelo identitario y supone un funcionamiento estructural, con lugares y funciones ya instituídas e incuestionables, que tienden a naturalizarse ideológicamente. Habría fantasías inconscientes articulables con el mundo interno de las personas que integran el conjunto. Los acuerdos y pactos buscan mantener, con diversos resultados, la aceptación de las diferencias y la integración de elementos heterólogos. Un ideal, ilusoriamente compartido, que tiene en el enamoramiento su paradigma de integración armónica de semejanzas y complementariedades, aparece como un referente incuestionable. Es significativa la angustia por desamparo (la angustia por pérdida de objeto auxiliar o asistente,

en la teoría freudiana) y la contención brindada o esperable es aportada por los objetos amparadores, es decir, típicamente por adultos referentes, quienes tienen el poder para ofrecer esa asistencia. Las evoluciones y desarrollos siguen un proceso de etapas anticipables, con alguna pauta de mojones naturalizados. En este modelo importa el pasado, el origen, como determinante de lo que sucederá o advendrá después. Aunque el Complejo de Edipo difiera en su contenido en las distintas teorías psicoanalíticas, su conflictiva centra la comprensión clínica. La transferencia es entendida como una pura repetición representacional, como un cliché que se reitera compulsivamente, o como una elaboración (al modo de lo que, en un libro, es una reedición aumentada y corregida). El yo se relaciona con objetos investidos ambivalentemente. Es un modelo basado *en el ser* (y, como extensión, en el tener y en el pertenecer). Me refiero a este modelo como *estructural-identitario*. Es el de las teorías psicoanalíticas basadas en el mundo interno y en las consideraciones sobre los vínculos que se extrapolan desde su funcionamiento, como pasa en W. Bion y D. Meltzer. También de las teorías de la vincularidad, como la de R.Kaes, que siguen la lógica del Uno. También la del modelo de Estructura Familiar Inconsciente o del Objeto Único, que propusieron, en otros momentos, I. Berenstein o J.Puget. En un diferente modelo, el de lo vincular, se entiende al vínculo como un ligamen que, desde un entre-un aquí y ahora acontecimental- une a sujetos que se hacen presentes (validación por un juicio de presencia) y cuyas otredades los llevan a afectarse mutuamente. La comprensión clínica no emplea el binarismo centro-

periferia, y otros binarismos opositivos. La transferencia es, sobre todo, presentación (se la conceptualiza como interferencia). y se trata de una experiencia inédita creada (lo que, en los libros, sería una primera edición). La otredad, la extranjería que se presenta, sólo parcialmente logra ser alojada, y permanece un resto radicalmente no asimilable. Hay, en este modelo, lugar para la incertidumbre como principio, al desconcierto y lo discontinuo. Aquí el imprevisto acontecimiento que irrumpe en el presente es el desorganiza y resignifica el pasado, fundando historia. Este modelo, que suplementa al anterior, sigue la lógica del Dos. Se acentúa aquí el *hacer entre (con) otros sujetos* para ir deviniendo y el *entre dos o más*, como un espacio recorrido por una exploración nomádica, que inventa itinerarios y encuentra sitios habitables. Me refiero a este modelo como *situacional-acontecimental*.

Ambos modelos no se contradicen ni se oponen, pero tampoco se integran Coexisten asintóticamente. Cada uno tiene sus propias determinaciones, configuraciones y efectos específicos. Trabajan sobre distintas capas del entramado vincular o de una madeja de lazos, seleccionan sus propios aspectos relevantes y producen distintas subjetivaciones. Qué modelo predominó en nuestras intervenciones es algo que sólo retrospectivamente puede aclararse. La vida cotidiana-si existe tal cosa-es, como su expresión en las sesiones y en los ejemplos que vimos, desprolija, compleja y contradictoria. Se superponen y tensan el reconocimiento y lo familiar con lo que sorprende y descoloca, lo representado y anticipable con lo que se presenta imprevistamente, como nos pasa ante las pipas

que nos expone R. Magritte en su conocida obra. Desde el Dos hay lugar para todas estas diversas perspectivas, así como la hay, en una clase, para el power point y para la tiza como apoyaturas pedagógicas. Sigo personalmente la lógica del Dos y el modelo más inclusivo y productivo de la perspectiva situacional- acontecimental. Como confesaba el artista Ai Wei Wei; “Mi gato es más inteligente que los dirigentes del Partido: sabe abrir las puertas, pero no cerrarlas”. Al reflexionar sobre “la cocina de la interpretación”, J. Puget (2010) encuentra que se hace presente con interpretaciones, para develar el mundo interno del paciente, y con intervenciones, cuando interfiere en lo vincular. En este último caso trata de hacer algo con los efectos de la alteridad radical, atendiendo a los malos entendidos y a los efectos de anular lo que la presencia de los otros impone. Estos dos modelos están evidenciando la existencia de diferentes puntos de vista, o perspectivas, como recién mencioné. La noción de *perspectiva* me parece fecunda para referirnos a estas diferentes concepciones. La perspectiva es el modo en que nos representamos los elementos percibidos, sobre todo las imágenes visuales que se nos presentan. Gracias a ella, el observador obtiene una localización relativa del objeto percibido y logra captar su volumen (registro tridimensional). Está apoyada en un funcionamiento físico- el de nuestra visión binocular- y psíquico, desde la función yóica perceptiva. Aunque es una construcción o configuración que requiere una elaboración particular, y es coyuntural, transitoria y modificable, tiende ilusoriamente a naturalizarse como una captación objetiva, verdadera y completa. En el dibujo o la pintura se realiza una

labor técnica- cf. los aportes del Renacimiento en ese sentido- para tratar de asegurar esta impresión realista sobre el plano de la superficie en la que se trabaja. La expresión perspectiva está acá empleada para aludir a comprensiones diferenciables que intentan conectar y organizar los datos que recibimos desde la clínica vincular, y que podemos alojar simultánea y/o sucesivamente. Observamos de este modo la dinámica de un conjunto que nos incluye, mirada determinada por factores intra e intersubjetivos y del discurso epocal social; la composición lograda es ilusoriamente continua, completa (se reniegan los escotomas) y armónicamente integrada. Podemos recordar, en otro terreno, la coexistencia de distintas perspectivas acerca de las pautas que conectan a la Tierra con el Sol:

geocéntrica, heliocéntrica, la pertenencia a la galaxia de la Vía Láctea, etc. También coexisten lo incluido en cada perspectiva y lo que queda por fuera de ella. Por ejemplo, nuestros ojos pueden informarse copernicanamente y “vemos “a la Tierra dar vueltas alrededor del Sol, pero no percibimos que la Tierra gira alrededor de sí misma .(F. Urman, 2015 d)

Volvamos ahora a la sesión familiar. No para detallar la historia de sus particulares desgracias y desdichas que la singularizan, como señalaba Tolstoi, sino para reflexionar sobre los sentidos vinculares conjeturables en la viñeta.

La madre y sus hijos quieren seguir juntos, y asistir juntos a las sesiones. Para llegar a convivencias sin problemas, de una integración armónica. ¿Qué observaríamos, desde una perspectiva estructural-identitaria? Hay una inicial separación, que puede recordar la del período anterior, en la que un hombre

queda por fuera de un equipo segregante, que expulsa: el mayor, en su mundo (calla; pero, ¿concede?), y, en otra escena, la pareja parento-filial, como apego regresivo del hijo consentido por la madre. El hijo se adueña de la madre, que parece no tener la vacilación inicial de Zerlina ("Querría y no querría...") ante el Don Giovanni de Mozart y Da Ponte. Ésta avala que su hijo le hable como un galán romántico y ambos borran desiderativamente cualquier elemento diferencial que obstaculice esa relación narcisista de objeto, en la que ambos parecen ser "un solo corazón". La queja de la madre es el modo en que parece advertir que esa carga tiene un costo, y que en un vínculo aparecen necesariamente las problemáticas, los desacuerdos y las inconsistencias. Ella, como muchos otros, querría incluirnos como dóciles personajes de sus guiones y encerrar la experiencia en sus palabras. Pero se trata *de co-construir, conquistar, afueras perecederos, espacios de arribantes que hagan pensar*. Inesperadamente el menor decide pasar a otra relación que, tal vez, resulte más gratificante. Si, al principio, tuvo que hacer un trabajo para adueñarse de la madre ("a rey muerto..."), ahora tiene que molestar al hermano, e insistir, para que ambos puedan pasar a otra cosa. Si el mayor encarna la resistencia a la vincularidad el menor representa la resistencia de la vincularidad. El mayor sale de su aislamiento. Al ir jugando entre ellos se exploran y mutuamente se van conociendo y reconociendo en sus habilidades físicas y en las potencias en las que se invisten desde su vida imaginativa. El juego es competitivo no sólo porque cada uno querría ser el que gane sino porque a través del mismo exploran mutuamente sus

competencias o posibilidades Mientras juegan confiada y alegremente escuchan los reclamos, advertencias y pronósticos amenazantes de la madre. Anticipa una posible sanción, que reitera previas señales de ese tipo: desde el consorcio, por ruidos molestos; de la escuela del menor, por problemas de conducta; del padre, por aliarse con la madre rechazando sus criterios. El momento en que más la madre se inquieta, acerca de sus hijos, es que menos me preocupa de ellos, pues están jugando. Es verdad que el modo en que lo hacen podría sugerir la acción de atravesar un camino de cornisa o un sendero selvático. Nos recuerda que el ir jugando es una experiencia riesgosa, pues el juego es frágil y puede arruinarse por intensas ansiedades o excitaciones. Pero veo que cuidan la experiencia. Contratransferencialmente siento que no tengo nada que decir, en ese momento, acerca de ellos. Y, en ese momento y antes, sí intervendría a propósito de la madre. Pero no lo hice hasta ese momento pues espero la circunstancia adecuada, el tiempo justo kairoseano. Si enfrentase frontalmente sus certezas, alterando su autoestima, podría yo mismo quedar apartado y descartado, refugiándose ella tras su muro narcisista. El primer momento de esta sesión muestra alguna elaboración transferencial de la primera entrevista relatada (sólo que en la pareja de la madre se trata ahora del amor y no de la guerra), y su elaboración continúa luego. Intentamos pasar de un individualista hacerse cargo de lo que pesa al hacernos responsable conjuntamente por el trabajo de inventar una nueva dinámica.

Desde lo situacional-acontecimental se podría hacer una distinta comprensión del juego de los hermanos. Ese acontecimiento recompone la previa organización y aparecen diferenciados elementos que antes estaban confundidos o repudiados. Se diferencian los sujetos desde su ir haciendo (los que juegan y los que observan) y, desde ese hacer conjunto quedamos todos situados en el punto de máxima subjetivación posible para cada uno, haciendo lugar a las diferencias entre unos y otros, entre una y otra generación y entre lo endo y exogámico. El jugar de los hijos ha interferido el primer movimiento conjunto y crea posibilidades, incluso para una posible intervención mía, porque mejora el pensar juntos. Pensar acerca de cómo, en el enfrentar diferencias, alojar al otro. Como, en ese ir jugando, pueden aceptarse y compartir y entusiasmarse, en lugar de hacer una guerra para que se derrote y elimine al distinto, como les pasa en esa sesión, en la que los hijos y yo también, molestamos la indicación de la madre no estando de acuerdo. Pero con la invitación a seguir analizando el criterio u opinión materna. E inventar nuevas situaciones en las que haya lugar para todos. El no haber mantenido todo el tiempo la unión parento-filial inicial, ¿debería ser leído como un fracaso o falla? ¿O como una desvinculación acaecida ante contextos móviles capaces de modificar lo ya establecido? Y, entonces, se genera una crisis que puede producir ansiedades y temores ante lo nuevo, pero también puede abrir la posibilidad inédita de compartir sus vivencias con menos tensión y mejor ánimo. Paradójicamente la madre se intranquiliza guionando una rígida narrativa que establece dónde ella se ubica y cómo deberían moverse los otros para su

tranquilidad. Al exigir que los sujetos otros sean apropiables fabrica una certidumbre que le pesa. Pero que puede ser destituida por un ir jugando de sus hijos; entre todos aparece un enfrentamiento nuevo (no repetido, como afirma la madre, porque yo estoy presente y es otro entre). La incertidumbre que ellos establecen jugando, y también el terapeuta cuando puede intervenir, aporta experiencias que podrían usarse para que la madre (y no sólo ella) cuente con nuevos recursos para contenerse y tranquilizarse. Para seguir acordando, en inmanencia y vínculos horizontales.

Como recomendaban: para arribar a nuevos territorios, navegar es preciso.

Aunque la tripulación, de vez en cuando, tartamudee, como diría Deleuze.

Sigamos. Pasemos a otra cosa.

El juego de ir inventando clínica vincular psicoanalítica

En este capítulo voy a volver sobre trabajos recientes en los que reflexioné acerca del juego del ir analizando (F. Urman 2017-18;2019;2020 a).

Coincido con otros colegas (cf. J. Valeros,1997) que consideran al psicoanálisis como una variedad de juego reglado. S. Freud (1913) lo comparó con el ajedrez, sobre todo cuando tiene inicios que pueden seguir pautas estandarizadas, al modo del P4R..Como el ajedrez son experiencias compartidas con otro sujeto, con un comienzo y conclusión, y con objetivos determinados. Tienen ambos reglas estipuladas y estrategias propias, para el logro de sus fines, y decisiones tácticas que se toman en inmanencia. En cada intervención la situación se altera, y esa nueva configuración determina la posición de los sujetos que lo juegan. En el

análisis, tal como intento llevarlo adelante, la estrategia terapéutica es una creación conjunta o, en todo caso, trato de suplementar la estrategia del paciente designado, al modo de como procede Sancho Panza o el Dr. Watson, desde la “cierta ignorancia” que propone J. Moreno o la disponibilidad del maestro para aprender (J .Ranciére). En el mejor de los casos es un diálogo polifónico, con traducciones mutuas. Con mi instrumento, trato de acompañar al paciente, al modo de como lo hace L.Armstrong a Bessie Smith en muchos blues. Habría que situar la analizabilidad en este contexto, como la capacidad del equipo terapéutico de generar un discurso lúdico subjetivante, que haga lugar a las diferencias, y permita al paciente (individual o colectivo) “amigarse con los conflictos” como proponía J. Puget..

El ir jugando es posible desde ciertos elementos en los que se apoya. En los juegos dramáticos, por ejemplo, se emplean juguetes u otros objetos concretos a los que imaginativamente se los usa lúdicamente. En el ajedrez la única materialidad requerida es la formal-abstracta, y es la que se refiere a las características del tablero, y al número y movimientos permitidos de las piezas y a su posición inicial. Los materiales con los que el tablero puede confeccionarse, la figurabilidad y el tamaño de las piezas son aspectos variables que no tienen importancia. Se lo puede jugar sin necesitar ninguno de estos soportes tangibles. También en el psicoanálisis como método la única materialidad es el de las reglas formales a través de las cuales el diálogo (verbal, lúdico o épico) se genera. Los otros requisitos son variables, inconstantes y diversos: la frecuencia de los

encuentros, el lugar, el sitio en donde se ubican los sujetos, el tiempo en que trabajan, el reconocimiento (material o simbólico) al terapeuta por su labor, etc. En relación al tratamiento clásico, acuerdo con la postura freudiana de establecer tres reglas. Dos de ellas las respeta el terapeuta y una, la de la asociación libre, la debe cumplir el paciente. El paciente adulto, en sus verbalizaciones, intentará expresarse con la menor censura posible. Cuando se trata de niños y adolescentes se modifica el modo en que el analista la enuncia y el paciente la lleva adelante.

El terapeuta debe obedecer dos reglas: a) la regla de la atención flotante, que lo lleva a abrir su receptividad, apartando toda selección crítica y valorativa; b) la regla de abstinencia por lo que se prohíbe imponer al paciente sus propios ideales y aspiraciones (por ejemplo, modelarlo de acuerdo a sus ambiciones terapéuticas o criterios pedagógicos) y hacerle hacer al paciente. Tal vez podría añadirse una metaregla tácita, implícita, y es la de obedecer (“cumplir y hacer cumplir”) esas reglas. Situarla es, simultáneamente, habilitar la existencia de sus excesos y desacuerdos. Las excepciones de toda regla, sus trampas, distorsiones o suspensiones. Aunque esta metaregla tiene un previo punto de partida, que es la del dispositivo que la instituye y que, como postulado, debe validarse una vez impuesta y preservarse. El dispositivo es lo que permite ir jugando psicoanalíticamente, pero con el dispositivo no se juega. No puede invalidarse o repudiarse. El dispositivo suma elementos de co-construcción entre todos los sujetos implicados y otros impuestos por el terapeuta para cuidar la experiencia.

Porque estas reglas se hacen presentes se considera a la situación o experiencia vivida por los sujetos que participan como psicoanalítica. Son estas normativas las que lo particularizan como praxis terapéutica específica. Queda abierto el interrogante acerca de la existencia de un núcleo duro de conceptos esenciales que definirían al psicoanálisis como tal.

En un aspecto significativo lo vincular se diferencia del ajedrez: la presencia, real y operativa, del terapeuta y del paciente (el o los sujetos que asisten al encuentro) es necesaria. Una partida de ajedrez se podría jugar por correspondencia, pero no un tratamiento desde lo vincular. Estas presencias subjetivantes reclaman actualmente una nueva distinción, y es la diferencia entre la presencia efectiva de los sujetos, y aquella que se realiza desde lo virtual, es decir, desde las pantallas. El trabajo analítico vincular virtual, el teleanálisis, sí es posible, pero tiene su propia realidad otra y su particular eficacia clínica. Introduce problemas interesantes y crea, en relación a la clínica presencial, tensiones aproximables a la conflictiva que aparece en Hamlet ante la irrupción del fantasma del padre, presencia inquietante que interroga su cartesianismo. Tuve oportunidad de comenzar a reflexionar sobre las inéditas situaciones clínicas del teleanálisis (F. Urman, 2020 b), pero sólo lo menciono en este ensayo.

Para el trabajo en la clínica vincular, desde el campo transferencial e interferencial que instituye el dispositivo, son necesarias otras reglas pues se trata de una experiencia distinta. Pero, como en relación a las tres reglas del trabajo clásico, debieran manejarse estas normas con firmeza, elasticidad y plasticidad.

En mi clínica vincular, hasta el momento presente, dichas reglas son: 1) *la regla de abstinencia*, que nos previene, aquí también, de ejercer alguna manipulación sobre los sujetos que asisten. Las tentaciones pigmaliónicas son, en mi experiencia, más intensas que en las terapias individuales. Nos molesta cuando una familia interrumpe un tratamiento o cuando algún padre, en un acto intempestivo, deja de llevar a su hijo (paciente designado). Lamentamos estas resistencias y nos quejamos con un “pegan a un analista”. En algunas de estas ocasiones llegamos a reconocer, tras un análisis de los sucesos que llevaron a este desenlace, que hemos criticado, a veces inadvertidamente, cómo llevaban adelante sus funciones o les hemos transmitido que tenemos mejores y más claros criterios acerca de cómo criar a sus hijos. Esos actos fueron defensas ante la posibilidad que les “robemos” los hijos desde nuestro pedestal. 2) *La regla de la igualación de los discursos y saberes*. En una sesión familiar con niños y/o adolescentes hay un complejo entramado de discursos heterogéneos y lógicas heterólogas. Las posibilidades simbólicas y singularidades expresivas de un grupo familiar son las distintas traducciones o transcripciones de las problemáticas que presentan en cada sesión y cuyo sentido deben establecer con el terapeuta. Estos discursos se presentan simultánea y sucesivamente. La escucha del terapeuta es solicitada desde estas diferentes fuentes de datos e impregnada por un clima emocional compartido. Nuestra atención flota equiparando el valor de estas conductas diferenciables. En un momento de la sesión, un integrante juega o dibuja, mientras otro habla, reclamando ser atendido. A su vez un tercer integrante

puede estar mirando distraídamente por una ventana, mientras un cuarto sujeto se hace presente haciendo ruidos desagradables y gestos provocadores, buscando molestar e irritar a los demás. El terapeuta debiera recibir por igual estas expresiones, destituyendo la creencia inicial que algún miembro ostenta garantizadamente el saber o algún otro está condenado definitivamente a la ignorancia (otra vez pienso en J .Rancière); o que cierta expresión es “mensaje” mientras tal conducta es, en cambio, “ruido”. A veces juegos o dibujos son sobrevalorados como “regalos maravillosos” que contendrían las claves de la dinámica familiar o el anuncio oracular de la solución de los conflictos. Otras, son exhibidos reactivamente para (de)mostrar que, como los otros, sus hijos sí pueden y saben. Pero usualmente los padres suelen tratar con desconsideración los dibujos, juegos y modelados de sus hijos, y con críticas los excesos verbales y actos con los que un hijo adolescente transmite una situación significativa que denuncia o una inquietud legítima pero que incomoda a sus padres. Nuestras intervenciones suelen recatar el valor y la lógica de estas producciones que, en un primer momento, parecen destinadas a quedar desatendidas y devaluadas y ubicadas en un lugar marginal. En la primera entrevista del ejemplo personal del capítulo anterior, mientras los padres discutían y cruzaban reproches, sus hijos dibujaban en silencio. Cuando terminó el encuentro, y los hijos mostraron sus dibujos, el padre sólo comentó, con desdén, que los habían hecho “porque los chicos son muy imaginativos”. Ya volveremos, en el próximo capítulo, sobre esta entrevista, y nos detendremos a examinar uno de estos dibujos, el que hizo el hijo

mayor. Las verdades que en cada situación vincular pueden ser dichas suelen estar en los sitios más silenciados o invisibilizados. Por ejemplo, a través también de la música que acompaña a las palabras y de los silencios que rodean a ambos. Cuando, en un duelo, acompañamos al paciente (individual o colectivo) “en el sentimiento”, todos estos aspectos son muy importantes, como lo es nuestra efectiva presencia física.

3) *La regla de la multiplicidad de las lecturas*. Relacionada íntimamente con la anterior. La “superficie asociativa vincular manifiesta” está, retrospectivamente estudiada, sobredeterminada. Integra elementos representacionales que tienden a reaparecer de acuerdo a una lógica estructural-identitaria, y otros novedosos que, sorpresivamente, al presentarse de este modo, pueden dar origen a acontecimientos subjetivantes. Tomamos todos estos elementos (repetitivos y azarosos) que consideramos relevantes y los transmitimos en nuestras intervenciones para estimular una reflexión compartida. Con nuestras intervenciones e interpretaciones damos a conocer nuestra perspectiva terapéutica y los límites de nuestra comprensión, que siempre es parcial y generada en inmanencia (F. Urman,2021b). Nuestros comentarios marcan y configuran la problemática presentada y la lanzan hacia caminos inciertos y no previsibles.

Como estas vías asociativas son heterogéneas y complejas, y no todas se intersectan o integran, es más difícil y complejo, en comparación con la terapia tradicional, decidir la oportunidad y el contenido de nuestros comentarios. Los

efectos de nuestros aportes, aquí también, se evalúan retrospectivamente. Recuerdo que, en una oportunidad, esperaba el ingreso de mi paciente, una prepúber de 11 años. Cuando llaman puntualmente al comienzo de su hora y abro la puerta, efectivamente, ella entra con su guardapolvo echo una pelota, bajo su brazo, mientras decía: “Buenasss...”. Pero detrás entra otra chica, a la que nunca había visto antes, con su guardapolvo doblado bajo su brazo, quien también saludó con un “Buenasss...”. Yo, con un gesto amplio de bienvenida, las saludo con un: “Buenasss...”. Entraron y se sentaron una frente a otra y se pusieron a charlar, animadamente y en voz no muy alta, del baile organizado por la escuela, al que habían ido el día anterior: qué pasó con las amigas, cómo habían bailado en qué chicos se habían fijado, etc. Traté de ser incluido en la conversación, con algunos magros resultados hacia el fin de la sesión. Una pizarra blanca y marcadores fueron utilizados con este propósito haciendo ocasionales comentarios que interferían el diálogo de las chicas. Como se puede inferir, oscilo entre ser un objeto incorporable por ellas con alguna familiaridad, y juego a ser una de 11, haciendo una interpretación lúdica (E. Rodrig ) con mi gesto inicial, y el imponerme como Federico, un sujeto extraño que, al presentarme desde mi alteridad, y reclamar un lugar alterando una homeostasis previa, molesto esa relación narcisista de objeto, es decir, lucho, como en la sesión, por hacerme un lugar.

4) *La regla de hacer presentes a los sujetos que vienen a la sesión y al espacio que nos instituye.* Tradicionalmente se acentúa el poder simbolizante del objeto

ausente. Desde lo vincular se le da valor subjetivante a los sujetos que se hacen presentes haciendo y haciéndose. Nos implicamos, junto a ellos, en la problemática creada entre todos, y analizamos las modalidades y efectos de esta implicación. Por ejemplo, entra a la sesión familiar el padre mirando su celular y no deja de mirarlo a pesar de haber comenzado la misma. Se le señala que pareciera no haberse dado cuenta

que ahora está en la sesión, pues procede como si estuviera en su casa o en el trabajo. En este caso, inicialmente el hijo adolescente había sido el paciente designado, pues en su colegio se quejaban de la actitud maltratante que tenía hacia los docentes y con sus compañeros. En otra experiencia, una madre y su hijo hablaban de las ventajas e inconvenientes de “ir a la fiesta a la que nos invitó la gorda Pochi”. En un momento les aclaro que no siendo de la familia, me tendrían que contar quién es esa “gorda Pochi” de la que estaban hablando para que pudiera entender mejor la conversación. Establezco aquí también un corte que interfiere y discontinúa una reiteración transferencial desubjetivante, para poder reflexionar después acerca de los motivos por los que, como extraño, no era invitado al diálogo. Como se podrá sospechar, también en este segundo caso esta dinámica estaba relacionada con aspectos conflictivos por los que se me consultaba. De este modo intentamos quedar todos implicados y subjetivados por la experiencia compartida.

5) *La regla de validar reflexivamente no sólo el discurso concluido o el producto final estabilizado del mismo, sino también su producción o gestación.* Es frecuente

proponer al conjunto el análisis del dibujo que quien lo realizó considera finalizado, o poner en consideración lo jugado una vez que el juego concluyó o quedó interrumpido. Pero no se suele analizar el modo, los procedimientos y los sucesos que van apareciendo mientras esa actividad lúdica va siendo elaborada. Esto también pasa en las sesiones individuales clásicas, pero en las vinculares se hace más evidente. Por ejemplo, ante un dibujo en el que toda la familia participa, ya sea porque surgió espontáneamente esta propuesta, o porque la actividad fue solicitada por el terapeuta, las vicisitudes que acompañan su confección puede ilustrar, en determinadas familias, un infrecuente trabajo en horizontalidad, discontinuando un previo liderazgo que previamente se tomaba como sólidamente arraigado. O podemos observar que un latente, luego de hacer un dibujo lo tacha, y pasa a dibujar otra cosa. Las líneas que cruzan el primer dibujo desdeñado ilustran la operatoria de la negación como recurso defensivo. El grafismo de este rechazo lógico nos puede alertar ante situaciones anteriormente incompatibles que el paciente y/o su familia comienza a poder considerar. Por eso nos puede interesar qué puede significar, también para la comprensión del clima familiar, el dibujo que realiza a continuación, y qué podría ligar al dibujo rechazado con el aceptado por el niño. También S. Gomel (2017) observa este criterio, cuando analiza cómo se va modificando la trama intersubjetiva cuando una familia va produciendo un dibujo o un juego dramático conjunto, de acuerdo a una indicación suya, y que aspectos comienzan entonces a visibilizarse.

6) *La regla de la suficiencia del material producido o reconstruido.* Quisiéramos lograr una comprensión íntegra, completa y profunda del material de nuestros pacientes y aspiramos a proveernos de explicaciones garantizadamente objetivas de un modo sencillo, directo y rápido. Éstas son algunas de las exigencias superyoicas contra las que tenemos que estar en guardia. Puede también pasarnos que nuestra comprensión racional vaya por el ascensor, pero nuestra aceptación emocional vaya por la escalera. Y que la transcripción de la experiencia difícilmente sea una narrativa completa y rigurosa de todo lo acontecido. Tenemos que saber que estos mandamientos totémicos tendrán sus efectos en nosotros. Nos molestará que el material que nos proporcione el paciente (individual o colectivo), necesariamente limitado, no sea lo suficientemente profundo o adecuado para entenderlo. O nosotros mismo nos quejaremos por una reconstrucción que nos parezca insatisfactoria, o serán los colegas quienes nos critiquen, en una supervisión o ateneo, por la insuficiencia de los datos aportados. Anhelamos lo que debiera haber, al confrontarnos con lo que hay. Desde esas idealizaciones nos sentimos en falta o que fallamos en la comprensión o en la transmisión. Llegamos a sentir, desde una exigencia fálica, que sólo contamos con un material “clitorideano”, como lo explicaría una lógica de este tipo, o con carencias inadmisibles cuando se reclama un material que brille. Estamos bajo el efecto, en estos casos, de una teoría sexual infantil del psicoanálisis. El “gran bonete” solicitado, aquella explicación sobrevaluada que lo explicaría todo, suele referirse a algún supuesto episodio traumático del pasado

(típicamente, de la primera infancia). Nos cuesta seguir al J.L. Borges que afirma que no hay nada más incompleto que las obras completas.

En realidad, cada material tiene su propia suficiencia significativa; su propio, específico y singular poder de hacer (nos) pensar desde lo que se presenta. Mi criterio es, así, darle al material presentado (en la sesión, supervisión o ateneo) la responsabilidad de aportar los elementos que den sentido a lo que se produjo desde el encuentro terapéutico, y capaz de generar un co-pensar sostenido por lo que quedó interrogado en ese hacer compartido. La analizabilidad depende de este factor: qué problemas puede abrir y examinar en cada coyuntura el conjunto que se hace presente en su hacer conjunto. No fundamentalmente de la patología del paciente designado.

Los materiales psicoanalíticos que reconstruyen lo acontecido, como experiencia abierta, tienen un montaje de ordenamiento coyuntural que se parece al de una película o una obra teatral. Los historiales médicos tienen otro montaje, estructurado y anticipable, que se parece al montaje empleado en la fabricación de un automóvil o una computadora. El historial médico es el relato que establece el médico acerca de lo que le pasa al paciente. Un historial psicoanalítico es la narrativa que se le impone al terapeuta acerca de lo que pasa entre él y el paciente.

7) *La regla de presentar la terapia como un espacio subjetivante exogámico específico.* Este espacio se suma a otros, endo y exogámicos, que los sujetos puedan disponer en su “psicopatología de la vida cotidiana”, es decir de las

subjetivaciones que se producen en los lazos sociales del hogar, la escuela, la actividad académica y/o laboral; la de los grupos de amigos o de compañeros de actividades artísticas o deportivas, etc. Lo vincular instituye un “nosotros” particular, con una creatividad propia, capaz de construir una praxis inédita y diferenciable, que subjetiva deconstruyendo previos anclajes identificatorios. Es lo que terminaba reconociendo una madre cuando, asombrada, veía que su hijo se animaba a usar el baño del consultorio. Como le confesó al terapeuta, hasta ese momento, ni él ni nadie en la familia se animaba a utilizar un baño que no fuera el de la casa. El hijo tenía dificultades en el control esfinteriano, y sus padres tenían también dificultades en la contención emocional, y en poner en palabras los cambios y crisis evolutivas que la familia debía necesariamente elaborar y resolver.

8) *La regla de interrogar las perspectivas previas de **todos** los sujetos implicados en la situación analítica.* Si la claridad bien entendida comienza por casa, uno mismo puede iniciar una sesión desde este cuestionamiento. Interrogarse qué nueva pregunta o qué decisión inédita podría hacerse lugar en ese encuentro. J.Puget hablaba de “derribar paredes” .Se incomodan zonas de confort y se abren conclusiones que uno considera inobjectables. Puede arribar una percatación que sorprenda. Se instituye destituyendo y se destituye instituyendo. Esto supone la tolerancia a un inicial desconcierto y a verse interferido por lo que acontezca; también examinamos la posibilidad de superar oposiciones binarias.” Un comienzo que se sustrae de toda confirmación, de toda recuperación, de todo

restablecimiento, o sustitución compensatoria. Del contra-decir al entre-pensar “.

(F. Urman,2021).

9) *La regla del encuentro como una experiencia que termina, de comienzo incierto.*

Los orígenes encuentran su lugar fijado en las narrativas estructuradas míticas.

Las sesiones tienen puntos de partida, de inicio, no anticipables.

Cada sesión comienza efectivamente en el momento en que se produce la mutua afectación de los sujetos presentes, por la marca emocional del vínculo, antes que por los aspectos formales convencionales sociales, de reconocimiento y contacto, que tienden a ritualizarse, de acuerdo a usos y costumbres epocales. Recordemos el momento en que las chicas entran con su “Buenass...”.

La enunciación de la finalización y la materialización de la despedida efectiva del encuentro, suelen ser decisión y responsabilidad del terapeuta. Suelo acompañar al niño, por ejemplo, hasta que contacta con el adulto que lo espera. Trabajo con horarios fijos pautados y convenidos. En el mundo interno del paciente individual y/o en los vínculos de los conjuntos que han asistido, la finalización emocional del encuentro acontece posteriormente a la finalización efectiva, pues la elaboración de lo vivido se realiza en otros espacios y momentos: en una plaza, en un café o bar, en un quiosco que disponga de golosinas y pequeños juguetes, en una frutería, en el interior del vehículo en el que se regresa, etc. En un trabajo reciente, J. Moreno (2020) rescata también el valor de lo que llama “segundo tiempo”. El modo en que diferencia “sesión” y “situación analítica” es distinto del que aquí empleo Para este autor la situación analítica incluye y excede la sesión, pues

abarca los efectos emocionales de la experiencia, clima que se prolongan una vez que ésta ha finalizado. Como dije, yo limito situación analítica a las vivencias que acontecen en presencia del analista, y no incluyo los sucesos previos o posteriores a la misma.

10) *La regla de la posibilidad de inventar sus propias reglas cuando sea necesario.*

Con un coraje y osadía como la que empuñó Van Gogh en ciertos cuadros, en los que sus pinceladas desdibujaron la frontera que acercaba y separaba el lienzo del marco. Con la alegre y firme determinación con la que los músicos, en determinados momentos de un tema de jazz, se sueltan en una improvisación. O con el impulso juguetón que aparece en el scat de E.Fitzgerald o en las vocalizaciones de Bobby McFerrin. Con esas autorizaciones –“decretos de necesidad e inmanencia”- hacemos lugar a los criterios que acontecen. Como pasó, en un ejemplo ya citado, cuando la familia inventó la rayuela que mejor transmitiera lo que les preocupaba en un significativo “barajar y dar de nuevo”.

11) *La regla de considerar que no hay reanálisis, sino otros análisis, con otros terapeutas o con el mismo analista en otro momento del paciente (y del terapeuta).*

Al abrirse la puerta del consultorio se encuentran dos o más desconocidos: el terapeuta y el paciente. Sería interesante que eso aconteciera en cada sesión. Recordar lo ya sabido es una posibilidad, no una obligación. Situación que nos lleva a reflexionar acerca de la hospitalidad, tema que analizaré un poco más adelante. Esto también cuestiona el valor de la información que puede preceder la derivación de un paciente por parte del colega que nos recomienda. Tratándose

de sujetos múltiples, que experimentan diferentes emociones en distintos vínculos, la química que se va a construir en ese encuentro singular no puede ser anticipada apelando a otra experiencia previa.

Esta propuesta no acuerda, como se sospechará, con la consigna teórica de “volver a...”. No vuelvo a Berenstein y Puget ; los quiero y respeto, dialogo (ahora con su obra) y me hacen pensar. Sólo a S. Freud le tocaba ser freudiano y él siempre respetó que sus discípulos tuvieran voces propias. Trato de seguir averiguando en qué consistirá la experiencia de ir siendo urmaniano.

12) *La regla de preferir que las intervenciones terapéuticas sean generadas por el mismo paciente.* Como cuando el chico revela: “El rey está desnudo! “. A veces intervenimos **con** el paciente y es preferible a interpretarle **al** paciente.

Intervenciones que surgen inesperadamente y aunque alguien las enuncie tal vez no tengan autor. O cualquiera puede serlo. O que lo sea la creatividad del conjunto. Son polifónicas Jalonan una estrategia subjetivante compartida, y se llevan adelante a través de pasos tácticos reflexivos o con las decisiones más productivas y convenientes clínicamente. Las intervenciones son siempre riesgosas y se autorizan a sí mismas. Se espera su recepción y uso, antes que el cobro de algún “ derecho de autor”. Las intervenciones se realizan en inmanencia, haciendo historia. Tal vez debamos relativizar la búsqueda de EL insight.

Atendemos las microsituaciones problemáticas y conflictivas que los sujetos traen a las sesiones, en su complejidad y tensión, con las que somos afectados y

demandados para analizar. Construimos no para sumar verdad histórica sino para aportar verdades vinculares presentes.

13) *Regla de hacer lugar para que las opiniones aparezcan en la sesión como legítimo material analítico.* Pueden ser traídas por el paciente y/o el terapeuta. Son el punto de partida del potencial análisis de las preferencias y criterios valorativos del sujeto como persona, como sujeto social. Es interesante examinar la capacidad del paciente para reflexionar acerca de su construcción, sentido y grado de convicción. Las opiniones basadas en diferentes temas suelen presentar distintas intensidades resistenciales como elementos para dialogar. Este empleo es controversial, novedoso y supone enfrentar dificultades técnicas. Respetar la abstinencia no implica la autoimposición de una neutralidad analítica, mandato no menos controversial.

14) *Regla de respetar la libre elección entre analista y paciente (individual o colectivo).* No hay, en principio, objeciones formales que nos impidan ofrecernos como terapeutas a quienes soliciten nuestra asistencia. Escuchamos los motivos personales y profesionales que estimulan o desaconsejan comenzar esta labor. He tenido y aún mantengo autorizaciones y restricciones que van modificándose a lo largo de mi experiencia. Otros criterios permanecen, hasta ahora, inamovibles. No podría, por ejemplo, analizar a mis hijos (como, de hecho, hicieron S. Freud y M. Klein), a mi pareja, ni trabajar con personas que han cometido graves faltas éticas. Pero puedo trabajar con un paciente en análisis individual, y también en sesiones diádicas o familiares.

Como puede observarse, salvo los primeros ítems, las siguientes consideraciones están propuestas como sugerencias o recomendaciones, consejos o reglas facultativas como seguimiento es optativo y no deben cumplirse obligatoriamente.

Me interesa tomar ahora el concepto de hospitalidad, tal como lo estableciera J.Derrida (1996) como una perspectiva posible para reflexionar acerca de las condiciones que hacen posible las experiencias clínicas psicoanalíticas vinculares. Veamos qué pueden aportar a este ir jugando reglado. Hasta donde sé, fue S. Kleiman quien (2004) quien primero utilizó esta idea y la aplicó en su trabajo con familias con niños y adolescentes.

La hospitalidad es una experiencia vincular por la que uno o más sujetos, a partir de una decisión y gestos (actos) de acogida instituyentes, atraviesan una frontera, creándose entonces un nuevo espacio subjetivante, que sitúa a los sujetos afectados, en lugares y funcionamientos inéditos. Huésped y hospedado quedan modificados por ese vínculo.

En su análisis, se suele oponer el binarismo familiar-extraño; al aceptar el anfitrión una incorporación o inclusión, se supone la actividad de mecanismos identificatorios y el ejercicio de normativas sujetas a criterios legales. Afectos ambivalentes y elementos conflictivos impregnan estas situaciones. Todos los participantes quedan implicados con diferentes responsabilidades compartidas. En juegos de poder y posesión (el tener refrendando el ser) se instituye una primera composición en la que se enfrentan local (familiar) – visitante (extranjero).

En esta distinción el otro puede llegar a ser considerado peligroso, amenazante.

En un segundo momento, esta configuración queda destituída o interrogada desde el hospedar. Una nueva situación es ahora posible. En Freud lo siniestro se relaciona, en el mundo interno, con la llegada sorpresiva de algo reprimido que irrumpe sin ser invitado, en un determinado marco estético.

La hospitalidad tiene costos (impuestos) fijos. La traducción es uno de ellos, pues cada sujeto tiene su propio discurso hegemónico, su lengua madre coyuntural, podríamos decir. La traducción necesita también alojar el idiolecto de cada sujeto, o sea el estilo singular a través del que se expresa a través de sus palabras, juegos, dibujos, modelados, gestos, actos. Hospedar es aceptar interpelar y ser interpelado desde esas voces propias en un entre potencialmente creativo. Al concretarse la invitación, los preconceitos y valores previos son considerados otra vez (recordar la 8va. regla). Son construidas nuevas lealtades, y emergen inéditas verdades que reclaman sus propias fidelidades a lo acontecido (A. Badiou).

Podemos preguntarnos por las circunstancias personales y vinculares en las que este intercambio se produce y/o por los criterios sociales que lo autorizan y circunscriben. En el camino de la hospitalidad, desde la perspectiva del anfitrión, aparece una bifurcación. En uno de los senderos se trata del poder ofrecer el hospedaje y de recibir su aceptación. Es el sendero del dar, del donar. El otro camino es el del derecho, familiar o social, y el del deber superyoico (en el mundo interno).de otorgar ese lugar por cumplimiento con un mandamiento que lo ordena- como cuando se dice: “en cumplimiento de pactos pre-existentes...”- en el

marco de una obligada reciprocidad adeudada. Se trata de dos lógicas heterólogas, en tensión y no integrables. Entre ambos recorridos se sitúa la ley. Es medida y desmedida; supone acotamiento y exceso. Existe simultáneamente como pretensión de justicia y como legitimada impunidad; como borde organizativo y como desconfiguración incomodante. Entre ambos la posibilidad de transgresión y la necesidad de un trabajo interpretativo. Situaciones paradójicas entre La ley que autoriza, ordena, la hospitalidad, pero que también legitima su cancelación. Al modo de los estados de excepción que estudiara G. Agamben, es decir, la supresión circunstancial del derecho por la inclusión legal de lo que excluye esa misma legalidad. Y, por otra parte, como Antígona enfrentando a Teseo en carriles paralelos, normas que se autorizan en inmanencia, desde la misma situación vincular. Entre imposiciones cerradas de control y vigilancia y la búsqueda de abiertos espacios extramuros luchan antinomias de lecturas valorativas que desacuerdan.

Moverse atravesando fronteras es siempre una experiencia riesgosa, que expone. Porque es abrirle la puerta a lo incierto y a la desestabilización de lo ya sabido. Caen los chez moi y tambalean los apropiamientos ilusoriamente incuestionables y garantizados. El hospedar requiere coraje, como el psicoanalizar, que es una variedad particularizada del ir acogiendo. La hospitalidad incondicional absoluta, como una pura entrega, por fuera de todo intercambio, es sólo pensable como una posibilidad abstracta, formal e irrealizable. Una tal pureza ilusoria no existe empíricamente. Las tensiones y enfrentamientos se llevan a cabo, precisamente,

en función de las diferentes condiciones concretas que los sujetos se imponen al arribar (hospitalidad condicional), y cuyo estricto cumplimiento se solicita en el momento en que los umbrales son atravesados. Como pasa en los controles de migración que requieren que ciertos elementos sean validados. O como cuando en bares, restaurantes, salones de baile u hoteles un cartel advierte que “la casa se reserva el derecho de admisión y permanencia”.El ir dando hospedaje requiere un trabajo para hacer lugar al extraño, al que llega de afuera.

El dispositivo psicoanalítico está diseñado para visibilizar distintos afueras: 1) los de la interioridad: el cuerpo y sus estímulos, las representaciones reprimidas y los afectos sofocados por operaciones defensivas; 2) el de los otros sujetos con los que establecemos lazos sociales: la pareja, la familia, los amigos y otros diversos vínculos exogámicos; 3) el afuera construido en la situación analítica como un específico espacio subjetivante (recordar la regla 7). Pero no hay arribos irrestrictos y directos.

Se va dando, en el ir hospedando, un espacio para pensar, dialogar y transformar exclusiones e intemperies. En un clima de privacidad hogareña se establece una morada condicional con leyes propias para descubrir y crear; también para compartir, cuestionar y cuidar.

Y estas condiciones, límites y normativas necesitan tomarse en cuenta en la clínica pues el psicoanálisis es un juego reglado. Las reglas del psicoanálisis freudiano procuran ampliar la capacidad de hospedar el material psíquico que produce la diada terapéutica. La atención flotante, por ejemplo, a través de su

desatender selectivo, se abre para esperar lo inesperado. Para esperar nada (prejuizado, como se propone en la regla 8). En este juego el huésped bienvenido son las expresiones enraizadas en el inconsciente reprimido, potencialmente patógeno. Se trata de abrir las puertas a mestizos sospechosos-cf. el concepto freudiano de deseo onírico preconscious- que fueron ignorados, difamados, arrojados a los arrabales o empujados al exilio.

Las tres primeras reglas mencionadas en la clínica de lo vincular llevan a hacer lugar a lo arribante sin establecer jerarquías y sin que tengan que subordinarse a los valores y criterios del anfitrión, que podría moverse con posiciones colonialistas fundamentalistas, buscando imponerle su lecho de Procusto ideológico. Las singularidades y los aportes desde lógicas y discursos diversos merecen ser respetados por igual.

Como todos se hacen presentes desde el protagonismo de sus actos (regla 5) vemos que no hay localidades deferenciales ni habitantes de segunda clase. En la tarea de pensar acerca de lo que está pasando, todos los sujetos afectan y son afectados en nuevas vivencias, una vez que se han despojado de las previas credenciales identificatorias. En este epistémico ir jugando con otros, el forastero encontrará morada y el afincado devendrá nómada.

El entre de lo vincular es un *espacio de intercambios*. Se trata de un **dar** (donar) para subjetivar, para hacer lugar a las diferencias. Se distingue del intercambio basado en una oferta que **imponga dominio**, una (con)sesión que incluya un contra-rembolso a través, por ejemplo, de deudas culpógenas En el primer caso

se trata de una desterritorialización que funda un nuevo espacio productivo. Los reproches por no restaurar una semejanza o una complementariedad armónica son un ejemplo del segundo tipo de intercambios. Una madre, furiosa, le gritaba a su hija: “Yo te hice sola, pero también te puedo destruir”.

Cuando la hospitalidad acontece por el encuentro de sujetos subjetivando y subjetivándose hay un mutuo agradecimiento.

Ir dibujando en familias con niños y adolescentes

En la cultura occidental el discurso hegemónico continúa desvalorizando experiencias como el soñar, el jugar o dibujar, y tiende a naturalizar ese prejuicio. La clínica psicoanalítica ha descubierto la importancia de estas vivencias creativas, y su relación con los motivos que generan los conflictos por los que se consulta. En el historial de Juanito aparece la primera inclusión de un dibujo. Es interesante recordar que se trata de un dibujo conjunto, pues una vez que el padre finaliza su confección, Juanito, con un trazo discontinuo, prolonga el tamaño del pito de la jirafa. Podemos sospechar que, apoyado en la figuración paterna, el hijo autorretrata sus ambiciosos deseos (fállicos) personales. Recordemos que Jirafa era el apellido paterno (es la traducción del “Graf” alemán). Lamentablemente este dibujo no fue tomado, en el historial, como material analítico. Una omisión semejante se tuvo con los dibujos del padre, mapas de recorridos de diversos objetos. Tema significativo, pues en las fobias neuróticas es la capacidad de desplazarse (desiderativamente) lo afectado por inhibiciones y síntomas, o restringido caracterialmente. La explicación del sufrimiento del paciente, en este

historial, está centrado en aspectos patógenos de su realidad psíquica La conflictiva considerada, entonces, es la de su mundo interno, y el modo de acceder al mismo es a través de las verbalizaciones, como en el análisis de los pacientes adultos.

S. Ferenczi entrevistó, algún tiempo después, otro niño que padecía una zoofobia. Fue una ocurrencia del pequeño Arpad la de realizar algunos dibujos en esa ocasión. Pero Ferenczi. quería escucharlo, y ese material tampoco fue interrogado. Pero esto quedó atrás. Hace ya un siglo que la producción gráfica del niño es apreciada como material clínico significativo. Pero su centramiento tradicional permaneció invariante hasta no hace mucho. Aún si se tratara del juego del garabato de D. Winnicott, verdadero diálogo lúdico gráfico. A través de este modo de contactar exploraba las fantasías inconscientes y ansiedades del paciente o del entrevistado. En los tratamientos de los pioneros, como en trabajos más actuales, como el de muchos colegas argentinos (J. Nejamkis, R. Levín, M. y R. Rodulfo, M. Waserman, etc.) se lo ha interpretado relacionándolo con el pasado (sobre todo el patógeno o traumático), con su vida instintiva y las transferencias, con los diferentes estadios en los que el yo puede organizarse y con las alteraciones de estos narcisismos, con las angustias (sobre todo las más tempranas, las que despierta la real o potencial desaparición del objeto), con su vida imaginativa, y con sus fantasías inconscientes, y con la elaboración de vivencias que están más acá y más allá del principio del placer.

“Como **documento histórico visual fijo** daría la ilusión de detener el paso del tiempo. Cuando está formalmente logrado, de acuerdo a los parámetros estéticos convencionales e idealizados, ilustra el controvertido concepto, desde la teoría freudiana, de producto sublimado. Conservados en una carpeta personal (sean o no los otros elementos lúdicos compartidos con otros pacientes) actúan como sostén yoico y proveen el recuerdo de lo acontecido. Como cuando se está elaborando la finalización de un análisis y un paciente, entonces, observa los dibujos realizados para ver (es decir, para historizar) “cómo dibujaba antes” “ (F. Urman,2016).

En la clínica individual puede pasar que el paciente proceda a la **rectificación** de su caja o canasta de juego (no tengo experiencia en el uso de un cajón de juguetes compartidos), es decir, cuando quiere actualizar su contenido y se dispone a descartar lo que considera obsoleto y perimido- a los analistas puede costarnos hacer otro tanto con viejas teorías- y se desprende de parte de su contenido Puede decidir hacer un bollo y arrojar lejos algunos dibujos, o romperlos y tirar sus trozos al cesto. Posiblemente ilustren estos destinos la distinción freudiana entre represión del Complejo de Edipo y naufragio del mismo.

Un niño puede dibujar en forma espontánea o porque se lo solicite el terapeuta, por ejemplo, en una hora de juego diagnóstica. En mi experiencia sólo en dos tratamientos el paciente dibujó en todas las sesiones y fue el principal recurso expresivo con el que acompañaba el diálogo verbal. Un prepúber o un púber puede dibujar historietas o caricaturas, y aún algunos adolescentes pueden dibujar

ocasionalmente, para ilustrar un sueño o como un discurso gráfico que suma al verbal. A veces el niño me pide que también yo dibuje, ya sea el mismo tipo de tema que está haciendo él o me permite que elija libremente su contenido. En ocasiones podemos hacer un dibujo conjunto. Por ejemplo, hago el dibujo de alguien durmiendo y dejo un globo abierto para que el paciente nos dibuje qué está soñando. O dibujo una escena con dos personajes, un adulto y un niño, o dos amiguitos, con globos abiertos, y le pido al paciente que escriba o que me dicte qué pueden estar diciendo. O le digo que en una escuela hay una fiesta de disfraces y le propongo que dibujemos juntos a dos chicos disfrazados. Encontré que J. Moreno (2009;2016), con más pericia gráfica y desde sus propias reflexiones, empleaba también estos recursos. Propone una “historieta de a dos” que trabaja desde un plano de inmanencia-trascendencia, como una creación mutua desde el entre. Dividida una página en cuadros, se va creando una historieta con uno o más personajes y sus “globitos”. Uno de ellos hace el dibujo y el otro escribe el texto del globito, y, en el cuadro siguiente, se rotan esas tareas, creándose de este modo una historia como espontánea producción conjunta. En las interpretaciones en trascendencia, el analista les “hace decir “ a los personajes o a textos que comentan la situación, ideas que aluden al pasado patógeno, para explicar lo actual, que se suma a lo que se abre en inmanencia. Esas intervenciones me hacen acordar los mensajes que ciertos personajes, en algunas obras teatrales de B. Brecht, les dirigen a la audiencia, y en la que exponen su impresión acerca de lo que sucede en esos momentos y les solicita a los

expectores que piensen y se posicionen acerca del conflicto expuesto. Me da la impresión de desplegar esta creativa propuesta técnica, a través de estas secuencias, una narrativa aproximable a las que se puede realizar desde juegos de roles dramáticos o a través del empleo de títeres, como recurso auxiliar, para que interactúen diversos personajes.

En su último libro, J. Moreno (2020) nos cuenta acerca de lo que denomina dibujo o test conjunto y que tiene la siguiente técnica: se divide una hoja en cuatro cuartos y uno de los sujetos participantes realiza en uno de ellos tres trazos espontáneos utilizando un color; en el momento siguiente el otro participante, con otro color, debe completarlos en un dibujo que represente algo y nominarlo. En el turno siguiente se invierten las participaciones: el que completó juega con sus tres líneas y el que comenzó la secuencia es quien debe hacer el dibujo y poner un nombre a lo representado. El autor da dos ejemplos de un historial: en el primero dibujan el paciente y su padre y en el segundo el niño y su terapeuta. El analista los interpreta como representaciones del que completó el dibujo o como indicador de un clima emocional vincular que genera los personajes dibujados (eventualmente por una repetición transferencial) y que se asocia a lo jugado y verbalizado en la sesión.

Podríamos ahora detenernos en el modo en que F. Dolto (1989) analizó dos dibujos de una paciente. El primero lo realiza en una sesión con la terapeuta: un “bellísimo jarrón con flores desplegadas” con el nivel del agua marcado. El segundo lo realiza en una entrevista posterior, mientras la terapeuta conversa con

su madre: un “minúsculo” vaso con un “minúsculo ramo de flores marchitas” dentro, sin nivel de agua. La terapeuta, quien piensa que la realidad de la que ocupa profesionalmente es la de lo percibido por el paciente en función de su historia pasada libidinal, nos muestra su comprensión de ambos dibujos: su imagen narcisista expandiéndose, en la relación con una terapeuta (que evoca transferencialmente al padre) que la inviste y hace lugar, en contraste con una madre que la hiere narcisísticamente y opaca, tal como advierte en lo proyectado en sus dibujos. La presencia de la terapeuta activa los deseos edípicos de madre e hija. En estos comentarios la comprensión del sentido de ambas producciones proviene de sus teorías acerca del mundo interno del paciente neurótico, en este caso. Utiliza conceptos como objetos investidos libidinalmente, relaciones ambivalentes y enfrentamientos narcisísticos, las diferentes castraciones que la subjetivación requeriría, la ley como una función adscripta al lugar del padre, el efecto de las fantasías edípicas-tal vez también pre-edípicas- en la autoestima de la niña, la transferencia como reiteración de situaciones significativas pretéritas, etc. Como vemos, el develamiento del sentido ha sido aparentemente completado con estas explicaciones, en las que vemos los criterios que hemos encontrado, desde la clínica vincular, en lo que llamamos el modelo identitario-estructural, en el que opera la lógica del Uno. La analista habla de realidades familiares, pero se refiere a las imagos representacionales de estos objetos entramados en las fantasías conscientes e inconscientes del mundo interno de la latente.

Pero otros aspectos no están expuestos en este material. Algunos, de manera coyuntural, pues no mencionó ningún diálogo verbal en estas situaciones, relacionado o no manifiestamente a los dibujos; ni hizo alusión al clima emocional o a sus sentimientos contratransferenciales. Otros, de un modo sostenido, pues ya explicitó las razones por las que objetaba jugar con los pacientes. El material siempre ilustra lo que cada terapeuta puede pensar y aquello que excede su comprensión. Me interesa incluir elementos que expresarían qué queda movilizado en ellos como sujetos desde estos encuentros. En ella, como persona, por ejemplo, qué la lleva a resaltar la intensidad de la belleza del jarrón o lo paupérrimo del aspecto del vaso o del ramo. Pero para profundizar en esta perspectiva, que hace lugar a lo que irrumpe, interfiere, y lleva a la imposición de esos matices, sería necesario contar con otros modelos. Otro tanto sucedería si se hubiera interrogado acerca de los puntos de partida de las normatividades en esta familia. Se puede relacionar esta distinción con la diferenciación que hacen G. Ducrot y T. Todorov (1972) entre *visión de la narrativa*, que es lo que se cuenta o enuncia desde el punto de vista del enunciador, que valida desde lo que siente, y que sería lo develado por F. Dolto, y la *situación de discurso*, que atiende al contexto o circunstancias en las que el acto de enunciación se va produciendo y que enlaza al hacer entre otros, en la situación que el dispositivo fabrica, desde lo vincular.

Cuando el terapeuta le solicita a un paciente el dibujo de una familia kinética, el de una pareja, o el de él mismo en una situación de aprendizaje, los conjuntos que

aparecen graficados de este modo suelen ser, como en la lectura de F. Dolto, interpretados de acuerdo al clásico modelo de los conflictos del mundo interno de quien realiza estos dibujos.

Cuando, en una sesión en la que están presentes niños y aún hijos adolescentes, y se confeccionan dibujos, hechos por uno de los participantes (típicamente el niño) o, en ocasiones, también por los otros miembros de la familia, ¿cómo entender esas producciones? Aun cuando se trate ahora de otro dispositivo y experiencia, una interpretación basada en el modelo identitario-estructural es, en mi experiencia, la que “por defecto”, se impondrá. Se agregará, a lo sumo, el comentario de haber sido realizado en presencia del terapeuta y de los otros integrantes de su familia. Este dato descriptivo queda naturalizado y, de este modo, no se abre ningún interrogante.

Pero, como ya vimos a propósito del análisis del ir jugando entre y con otros, existe otra perspectiva que no se opone sino que suplementa esta lectura. Sería la de interpretar este dibujo, realizado en forma individual o compartida, como **una instantánea del conjunto**. Considero que ni la fotografía, ni el dibujo o la pintura reproducen asépticamente una realidad. Hay algo muy lejano a una neutralidad abstracta que se hace presente en cada producción. Considero entonces al dibujo como una **cartografía climatológica emocional** de lo que afecta y entrama a los sujetos que habitan esa situación clínica. Es, en este sentido, un **bosquejo** de un coyuntural hacer entre dos o más sujetos. Independientemente del sujeto que realizó esa creación (pero no prescindiendo de su singularidad y de las

circunstancias que lo rodean) se puede leer en esa composición gráfica un autorretrato de ese hacer grupal a través del cual esos sujetos se conocen como equipo y se dan a conocer. A través del mismo se puede analizar su dinámica subjetivante, es decir el juego de fuerzas contrapuestas que conforman lo que he conceptualizado como resistencias a y de la vincularidad (F. Urman, 2015 c).

Permite reflexionar sobre los lugares y funciones que realizan, ligados en inmanencia, quienes participan en la situación analítica y los afectos que se generan.

Habíamos visto, a propósito del ir jugando en una sesión de familia con niños, el modo en que cierta expresión, como “delfinario” en un material de J. Moreno, podría constituir una situación metafórica compartida que centre en inmanencia una problemática construida por el conjunto. Otro tanto ocurrió con la expresión “lío de la mochila con ruedas a la que se le rompió una rueda” que dijo la madre, de la familia con dos hijos que ya comenté, en una sesión, y que volveremos nuevamente a considerar en breve. Si un dibujo condensa en su figuración aspectos significativos del discurso familiar de un modo análogo, es probable que sea privilegiadamente incluido en una intervención terapéutica.

El dibujo, además, **testimonia** una realidad compartida subjetivante tanto de quien o quienes lo hacen como de aquellos sujetos a quienes va dirigido, que incluye al terapeuta que, al modo de un escribano, se notifica y notifica su producción, la interroga, le da un sentido y lo expone como una ilustración de una reflexión conjunta.

La importancia y valor que le damos al mismo y a sus efectos en la sesión, suele contrastar con los comentarios y opiniones que despierta en los otros sujetos, sobre todo en los adultos. Su desdén suele estar recubierto por una amabilidad o cortesía formal y una benevolencia reactiva. Lo consideran un improductivo pasatiempo, una distracción menor evaluable en términos convencionales, una actividad banal como los modelados o el ir jugando, etc. Estas expresiones defensivas y críticas suelen presentarse también cuando el terapeuta u otro integrante de la familia solicita al resto de la familia que participe en su realización. Se excusan diciendo que no lo pueden hacer bien, o que los molesta la demanda o que sienten irritación o vergüenza, que prefieren mirar cómo lo hacen los otros, etc. Lo más habitual es que los adultos (sobre)valoren la verbalización como canal comunicacional preferido. El dibujo y el juego suelen aceptarse limitadamente o tolerarse ocasionalmente, pues son vistos como medios imperfectos y que deben ser acompañados y, cuanto antes, sustituidos, por el anhelado nivel expresivo verbal. En lo discursivo verbal los adultos “juegan de local”. Como vimos anteriormente, la idea de hospedar desdibuja la frontera que opone locales-visitantes. Muchos adolescentes también prefieren hablar, y suelen hacer un uso performativo del mismo. Yo disiento con las opiniones de esos padres. El discurso gráfico es una herramienta o recurso que liga o entrelaza elementos diversos que terminan componiendo una imagen capaz de alterar, marcar, transformar, la organización de los vínculos en la que se gestó. Esta configuración inédita gráfica despierta, durante o después de su realización, asociaciones verbales que, junto

con otras conductas van a permitirle al terapeuta armar y presentar las intervenciones con la que procura interpretarlo desde lo vincular.

El discurso verbal, evolutivamente, se sitúa entre el ir jugando y el ir dibujando. Comienza con los juegos sonoros o musicales del laleo, así como el ir dibujando parte del anárquico e impulsivo juego con trazos. El lenguaje escrito hereda estas complejidades. Por elaborarse desde estas sobredeterminaciones son productos abiertos a múltiples interpretaciones.

Los dibujos prolijos, coherentes y logrados formalmente suelen despertar comentarios de aceptación y aprobación por los integrantes de la familia. Es lo que postula la lógica escolar, la del narcisismo del yo coherente (S. Freud), y que espontáneamente predomina en el discurso social y en el familiar. El axioma del “todo en su medida y armoniosamente” no sólo está instalado en los frontispicios. Son esos valores los que interroga juguetonamente Magritte en el cuadro mencionado. Cuando un sujeto hace un dibujo cuyo contenido produce sorpresa y desconcierto suele generarse malestar. Rechazo que se incrementa cuando quien lo realizó u otro integrante, hace un comentario acerca del gráfico que se considera disruptivo e irracional. Si el enojo no cerrara nuestra comprensión de la impertinente pertinencia del dibujo, veríamos que su análisis visibiliza importantes conflictos familiares, que tratan algunos de circunscribir a quien tiene esas expresiones irritantes.

Hay aspectos formales del dibujo, poco importantes manifiestamente, o detalles ambiguos, confusos o lógicamente contradictorios, que resultan expresiones

sintomáticas que aportan significativamente en la clínica de lo vincular. Podemos también detenernos a reflexionar sobre la variedad y heterogeneidad de materiales que pueden integrar un dibujo, como hilo, brillantina, plastilina, cinta adhesiva, cartón, etc. Creo advertir, en mi experiencia, que hay una íntima correlación entre los materiales implicados en el dibujo y lo que éste está manifiesta y latentemente planteando. Si “el medio es el mensaje”, sería interesante y clínicamente productivo deconstruir la oposición binaria forma-contenido, al menos en algunos casos. Podemos pensar algo análogo cuando la superficie que hace de soporte al dibujo no se ha mantenido continua, sino que ha sido alterada, y se presenta desgastada, rota, perforada, emparchada, etc. ¿Qué puede ser pensado, desde este documento, acerca de la dinámica familiar predominante en ese momento?

El ir dibujando traduce, subtitula gráficamente, ilustra con su producción, en su específico y diferenciable nivel signifiante, una problemática familiar, que también está compuesta a través de verbalizaciones, juegos y actuaciones. Es, como el ir jugando, **voluntad expresiva interpretativa** de fantasías conscientes e inconscientes vinculares, es **praxis signifiante**. A través de él un grupo familiar puede verse configurado, ir creando otra organización, conocerse, reconocerse (apropiamiento identificadorio) y darse a conocer.

Veamos ejemplos clínicos de esta experiencia compartida del ir dibujando y veamos cómo operaría una interpretación estructural-identitaria y cómo sería una intervención desde el modelo acontecimental-situacional.

Comencemos por el caso de la familia ya presentada a propósito del ir jugando, aquella con padres separados que se reprochaban y cuyos hijos tienen 10 y 12 años. En la primera entrevista, en la que los padres discutían vivamente y se criticaban mutuamente, en un clima tenso y tumultuoso, sus hijos dibujaban en silencio. Cuando la entrevista está por finalizar les pido que muestren lo que dibujaron. El mayor muestra su dibujo y lo cuenta. Vemos que se trata de una sangrienta invasión extraterrestre. Hay naves espaciales, luchas aéreas, explosiones e incendios sobre la superficie del planeta. Algunos habitantes del planeta construyen túneles y viviendas subterráneas donde se refugian y acumulan alimentos y armas, pues quieren sobrevivir, defenderse y organizar una contraofensiva.

Podríamos considerar, atendiendo al mundo interno del que realizó el dibujo, que expresa las situaciones de ansiedad que sufre ante las fantasías acaloradas que despliega su conflictiva puberal, a la que se suma la apasionada escena primaria sádica que sus padres exhiben impudicamente a través de sus peleas. Esto se relaciona con la maniobra ansiolítica de succionar su pulgar, y con su tendencia a aislarse, para disminuir y controlar las situaciones que lo desbordaban, conductas que motivaban la psicoterapia individual que estaba realizando.

Pensando en la dinámica familiar, podríamos preguntarnos si podría entenderse su dibujo como una alusión a la construcción de una alianza fraterna, que les permita enfrentar la violenta disputa entre sus padres, escenas que se han desplazado y repetido en el ámbito del consultorio. Necesitan dialogar y pensar

juntos una estrategia para sobrevivir a estas vivencias traumáticas y desamparantes, al modo de un panel de “inteligencia militar “. Deben cuidarse y aprovisionarse entre ellos, debido a las dificultades y fallas en sus funciones (de nutrición y normativa protectora, en el modelo freudiano). Los padres, envueltos a su vez en su propia batalla territorial narcisista, sólo aspiran a “reclutar tropa”, pues sólo se dirigen a los hijos para que les den la razón en sus reclamos hacia el otro progenitor.

Otras interpretaciones resultan posibles y serían probablemente válidas. Sólo quería ilustrar cómo sería una comprensión desde el modelo estructural-identitario, y qué conceptos serían incluídos en esta teorización. Si utilizamos, por ejemplo, los desarrollos de Moguillansky-Seiguer (R. Moguillansky,1996) hablaríamos de la “familia mesiánica” a la que el dibujo alude, que funciona al modo de un despótico matriarcado ante el fallido control disciplinario parental; en una teorización posterior, en la clasificación de Moguillansky-Nussbaun (2014) se acentuaría la falla en la aceptación de ciertas diferencias, sobre los que esta familia “sagrada” se asienta y enfatizarían el rol de la madre como generadora de absolutos, “enunciados de fundamento” fundamentalistas incuestionables.

Veamos qué interpretación podríamos hacer desde el modelo situacional-acontecimental. Señalaríamos, recordando lo que decíamos acerca de la hospitalidad, que, para este grupo familiar entrevistado, están en un territorio desconocido y en presencia de un sujeto extraño No sólo es un planeta desconcertante, sino que ni siquiera se conoce cuáles serán las intenciones y

propósitos de ese extranjero y cómo serán sus hábitos. ¿Será peligroso y amenazante? ¿En el planeta del que el terapeuta proviene, pueden pensar qué está pasando, y acordar criterios con otros recursos? ¿Habrá maneras no agresivas de compartir espacios y tareas? En lugar de imponer una guerra para dominar y someter a los que no piensan como uno, ¿existirá una nueva manera de proceder (M. Balint hablaba de los “nuevos comienzos”)? Para mí, por otra parte, ese conjunto me era desconocido y extraño, y me perturbaba la hostilidad desatada que apenas me permitía pensar. Pero no dejaba de quedar empapado por esa agresividad y esos forcejeos. Es decir, mutuamente nos imponíamos una presencia que molestaba lo ya sabido y estábamos ante la riesgosa aventura de intentar contactar y ver qué nos pasaba. Como vemos, en esta comprensión, la transferencia como reiteración de lo pasado ha sido descentrada por lo consideración de lo que acontece inédito que interfiere. No se resalta un trabajo de develamiento arqueológico sino uno de construcción o de invención, de una estrategia de cuidados y operaciones de subjetivación y contención, que nos permita transformar a todos nosotros, con distintos matices singulares, un estado inicial de “desolación compartida”, para usar una expresión de I. Lewkowicz, estado que espontáneamente uno tendería a adjudicar a los hijos, en otro de asamblea instituyente de un pensar subjetivante para modificar el sufrimiento compartido.

Veamos otro ejemplo clínico vincular. Es un material que una colega me acercó tiempo atrás. Tiene la ventaja de ser acotado, y yo lo voy a acotar aún más a los

fines expositivos. Es una única entrevista que mantuvo un padre con su hijo. El padre insistía en ser reconocido como un progenitor ocupado y preocupado para que a su hijo no le falte nada. Le pedía con vehemencia a su hijo que confirmara sus dichos. Su hijo lo hacía sólo ocasionalmente, ya que se lo percibía como silencioso e inhibido. Su única actividad, al comienzo de la entrevista, fue la realización de un dibujo. Al terminarlo, se lo mostró al padre. Se trataba de un paisaje: un campo, con un cielo y nubes. El padre lo criticó: no debía haber pintado las nubes de azul, pues son blancas, le explicó. El hijo, callado, corrigió ese detalle. Luego se acurrucó junto a su padre. Ambos se abrazaron y se quedaron, por un instante, inmovilizados y haciendo una sonrisa estereotipada. La terapeuta tuvo la impresión de ver a la díada posando como para una foto, como para una campaña. Querían exhibir una imagen armónica “políticamente correcta”. (Esto tenía que ver con la situación por la que el padre demandó esa consulta). Aunque la resolución diera la impresión de “estar dibujada”. Lo que nos podría llamar la atención sería el modo en que queda naturalizada la subordinación del hijo al criterio del padre. Es sintónica con los ideales del padre y con los del patriarcado: el padre manda, y sabe, Temas trabajados por M. Foucault, .G. Deleuze, F. Guattari, etc. acerca de los lugares y funciones en la familia nuclear burguesa, que sigue criterios de control, vigilancia, disciplinamiento y castigo. El hijo, ignorante entonces de la esencial blancura de las nubes, tuvo la inadecuada ocurrencia de pintarlas de azul. El padre tiene la tarea pastoril de encaminar nuevamente a la oveja descarriada por la buena y legítima senda,

modificando la barbarie profanadora del hijo. Cumple con su deber de “educar al soberano”, desconociendo que lo que supone un aporte, un transvasamiento de información, es, en realidad, una condena. Tiene que entender como son las cosas. Hablando la gente se entiende. El lenguaje, en realidad, aporta tanto a la confluencia y síntesis como al malentendido, desacuerdo y dispersión. Para este padre “entender” es tener que coincidir con su modo de entender las cosas. Despotismo, pero ilustrado e ilustrativo. El “sentido” del padre reina porque decreta dogmáticamente el “sinsentido” del hijo. Como nos decían, en mi época, las maestras, cuando formábamos fila antes de entrar al aula: “Quiero ver una sola cabeza”.

Si nos centráramos en el clima emocional de esta entrevista, podríamos comentar que las nubes cambiaron de color porque la ansiedad del niño lo llevó a eliminar una posición que consideraba peligrosa, renunciando al color elegido para que el papá, en su enojo, no le retire su cariño (¿o amenaza agredirlo?). O podríamos reflexionar, junto al padre, acerca de su desconcierto e incomodidad al ver que el hijo pinta las nubes como quiere, sin consultarlo antes o sin considerar que puede hacer las cosas mal, desde su criterio. O decirle que pintando él las nubes blancas, su hijo, que lleva su apellido, debería hacer otro tanto, y eso es tan inamovible, para él, como el apellido. Son algunas de las intervenciones posibles que muestran cómo lee el material el modelo estructural-identitario.

Si interviniésemos señalando que ambos querrían verse como en una postal en la que se muestre una coincidencia total, unidos bajo un mismo cielo azul, y que

siempre van a ser ese sólido equipo (unidad narcisista preambivalente), estaríamos dentro del modelo mencionado, sólo que sumamos lo creado por la terapeuta desde su interferencia, esa imagen inédita que, desde lo compartido, le apareció. Pero si uno agregara: “El lío es que aparecieron nubes azules y nubes blancas, y ahora tienen que ver cómo se las van a arreglar con esa posibilidad, que antes no habían tomado en cuenta, y qué van a hacer con la tentación de hacer desaparecer el problema dejando sólo un color para las nubes.”, estaríamos utilizando la comprensión del modelo situacional-acontecimental.

Podría suceder que nos interroguemos acerca de los motivos de la ausencia de la madre en esta entrevista y que procurásemos encontrar referencias a ella, haciéndola presente de ese modo. Acentuando que el dibujo debería referirse a quien no está, pero estuvo, nos encontraríamos pensando, por ejemplo, en que inconscientemente el hijo la recuerda y la evoca en la madre-tierra en la escena dibujada. Volveríamos a acercarnos, de esta manera al primer modelo. Si resaltáramos lo efímero, móvil, coyuntural e impredecible de la forma de las nubes, nos aproximaríamos al segundo. Cuando admitimos que las impresiones de la terapeuta hablan de ecuaciones personales a través de las cuales significa la experiencia, nos preguntaríamos si la imagen de “posar para una postal o foto de campaña (política y/o publicitaria)” no es producto de una singular interferencia producida por el encuentro, de acuerdo al segundo modelo.

Hay dibujos que están planteados de tal forma que, según la perspectiva que adoptemos, y la decisión que tomemos acerca de qué es figura y cuál es el fondo,

veríamos una u otra imagen. La configuración puede mostrarnos una mujer joven, en un momento, y una anciana en otro momento. Algo parecido sucede con las lecturas que estamos proponiendo, que se suplementan en la tarea de dar cuenta de la complejidad de la clínica vincular, desde lo vincular y la lógica del Dos. No hay, entonces, una oposición conflictiva, al modo del que separa y discrimina al “colesterol malo” en relación con el “colesterol bueno”. El Uno juega en oposiciones binarias estructuradas, y el Dos juega la multiplicidad o la complejidad instituyente.

Los adolescentes también dibujan en las sesiones, pero menos frecuentemente que los niños en mi experiencia. Veamos un fragmento de un material que nos proporciona S. Kleiman (2005). De los dibujos producidos en esa sesión, en una familia con niños y adolescentes, me detendré en el último, que realiza un adolescente, Esteban, cuando faltaba poco tiempo para terminar la sesión. Dibuja a un hombre que va a asociar al padre, ausente en la sesión, a quien antes, en su enojo, había llamado “puto, drogadicto, boludo”. El padre había ido a la casa de la madre para cuidarlos (están separados), pero terminó llevándose el dinero guardado para pagar los servicios. En el dibujo un hombre está estrangulándose por (con) el cable de un teléfono, que rodea su cuello. El teléfono tiene un rostro que muestra los dientes apretados y está descolgado (no se percibe el auricular). El hombre tiene una expresión de desaliento y desvitalización. Una de sus manos aprieta crispadamente una superficie arrugada. Hay dos palabras anexas al dibujo: “auxilio, auxilio”. El dibujo generó en el grupo risas angustiadas y sorprendidas. La

madre dijo que casi les cortaron el teléfono porque el padre no pagó el servicio. La hija menor emitió sonidos guturales mientras hacía la dramatización de estarse estrangulando. La hija mayor recordó el momento en que encontraron al padre, descompensado, tirado en el piso, rodeado por jeringas. Fue Esteban quien lo halló, y llamaron por teléfono a la ambulancia para que lo internaran. La terapeuta comentó que ese debió haber sido un momento difícil, como lo era, en esas circunstancias actuales, la problemática de la convivencia y apareció un pedido de ayuda. Le dijo a la madre que tenía una relación enredada con el padre de sus hijos y que parecían todos condenados a reiterar quejas y padecer robos y abandonos. Sería importante, agregó, poder pensar entre todos lo que sufrieron y preguntarse por lo que les sucede.

La terapeuta, como vemos, toma el dibujo para referirlo a la dinámica del grupo familiar. En otros momentos, cuando lo cree conveniente, particulariza su intervención y se dirige a la madre.

Tomemos al dibujo y las asociaciones mencionadas para continuar con nuestra comparación.

Podemos aludir a los impulsos vengativos parricidas de Esteban, que condena al padre a morir ejecutado (le aplica la horca o el garrote vil). Pero también lo quiere, y ese aspecto de la ambivalencia aparece en el transformar sus actos autodestructivos en llamados de auxilio. Necesitar ayuda no es privativo del padre, pues cada uno de ellos se siente sobrepasado por el clima angustiante de convivencia, y puede sentir esa demanda que Esteban pone en palabras. O

comentar que la madre, sobrepasada por situaciones angustiantes que tiene que enfrentar, se siente ahogada, no sabe cómo contener mejor a sus hijos y espera recibir ese auxilio de su terapeuta. Es la analista, ubicada entre esta madre y sus hijos, quien podría actuar como un tercero ordenador y discriminante, podría proponer, desde su marco teórico, H. Krakov. También podríamos mencionar como el mismo Esteban puede desconectarse (colgarse) cuando siente que sus familiares lo invaden con sus problemas, y que dibujar le sirve tanto para aislarse, mientras lo hace, como para transmitirles a todos lo que siente cuando lo examinan. Todas estas interpretaciones-habría otras, desde ya- están construidas desde el modelo estructural-identitario.

Pero si decimos que la cara del teléfono muestra la irritación que sienten al molestar entre todos y no poder escucharse, pero que todo el dibujo y su mensaje muestra que está abierta la posibilidad de vincularse de otro modo, en el que se respeten y ayuden, acentuamos lo que va pasando en inmanencia. Si comentamos: quedan descolocados y con rabia por lo que el padre hizo, y podrían tratar de hacer un plan para cuidarse y sumar ideas, como lo que en la sesión aportaron para la comprensión del dibujo, estamos en el segundo modelo. Tratan de pasar de la desilusión, el ahogo de los nervios y los enojos a poder pensar en cómo convivir más tranquilos, en hacer una familia distinta. Estas intervenciones estarían basadas en el modelo situacional-acontecimental, desde lo vincular. Si alguien hace un dibujo es, también, porque entre y con otros, sigue pensando. Grafica lo que va aconteciendo en el irse vinculando. R. Magritte se quejaba por

tener que explicar sus cuadros. En diferentes circunstancias y contexto, también el Principito lo lamentaba. No se trata de colgar reactivamente una advertencia como: "Esto no es una explicación (completa y definitiva)". Cuando se reclama, y más todavía si se lo hace en un clima de urgencias, una explicación, es porque hay algo que no va bien, que no fluye. Una problemática que aún no se comprende Comprender en el sentido que le daba H. Arendt: aceptar los acontecimientos que tenemos que enfrentar y poder reflexionar sobre ellos. Se trata de tomar instrumentos que, como puntos de partida, nos ayuden a copensar, a una navegación compartida, por caminos discursivos complejos y heterogéneos. Vemos que, en este ejemplo, el elemento del dibujo que resalta como un núcleo coyuntural metafórico signifiante, privilegiado para pensar lo que acontece, es "teléfono", como en el anterior era "color de las nubes".

Espero que aún puedan acompañarme en la presentación de un nuevo ejemplo clínico, en el que podamos percibir el uso y alcance de ambos modelos interpretativos.

Se trata de un interesante historial clínico de una familia "silenciosa" que fuera presentado por M.C. Rojas (2000). Este estimulante material fue trabajado por equipos de muchas instituciones. En APDEBA integré uno de ellos (J. Puget y otros, 2014) y se produjo un comentario que trabajó desde lo estructural-identitario en su primera parte y desde el segundo modelo en su continuación. Yo voy a tomar este historial para referirme a una de sus producciones. Sintetizaré algunos datos de esta familia, para referirme luego a la producción que quisiera

comentar. La familia está constituida por Alberto (45), Susana (46), Martín (14) y Alejo (11). Martín, por una imprudencia, fue atropellado por un auto. La madre, angustiada, recuerda que en ese momento estaba en la casa, lejos, y el padre se pregunta si fue encubiertamente un acto suicida. ¿Por qué lo hizo? Alejo no les da problemas: bien en la escuela y socialmente, sale los fines de semana con sus amigos. La terapeuta propone entrevistas familiares para conocerlos y los padres aceptan. A las primeras no viene Alejo “porque no tiene nada que ver”, dicen los padres. Recién en sexta entrevista concurren los cuatro. Cuando la analista les propone que hagan un dibujo entre todos, la madre trae a Alejo, que estaba sentado en un lugar distante, y dice que se adhiere a lo que otros propongan. El padre y Alejo callan, y es Martín quien propone que podrían hacer un velero. De acuerdo a una consigna de la terapeuta cada uno dibuja con un color distinto. Lo hacen en silencio. Cuando finalizan, Martín toma el color del padre y dice que va a hacer al padre al timón, lo que realiza. Cuando se les pide asociaciones sólo Martín toma la palabra: el padre habló de comprar un velero, lo que no hizo, y es algo lamentable porque entonces podrían salir todos juntos los fines de semana. La entrevista sigue, y la familia interviene haciendo, en otra propuesta de la terapeuta, dibujos de personajes realizados individualmente que son luego incluídos lúdicamente en una narrativa compartida. Pero sólo el fragmento mencionado voy a tomar como viñeta, apostando a la suficiencia del material propuesto, siguiendo una regla mencionada en la sección anterior. Me valgo también, en esto, de otro elemento para autorizarme en esta decisión. En el juego

de ajedrez es válido y legítimo considerar un momento aislado de la partida.

Independientemente de la previa historia de los movimientos y decisiones de cada jugador que hayan llevado a la situación que se está presentando en el tablero. El desafío es descubrir, desde lo presentado, qué siguientes jugadas compondrían la estrategia más conveniente.

La actitud de Susana, observa la terapeuta, reitera propuestas tomadas en otras entrevistas, y en su vida. Los padres fallan en liderar la vida familiar y ese lugar es tomado por Martín, el paciente designado. Es quien se diferencia y motoriza el irse vinculando, el hacer una familia otra.

Hasta aquí, Alejo ha concurrido a la entrevista y participó en el dibujo, pero no parece implicado o comprometido en la situación vincular. Parece “cortarse solo”, para que lo que acontezca no “embarre su cancha”.

Hago una observación desde este ejemplo, acerca del dibujo, pero que he visto en otros materiales clínicos vinculares. Detalles muy específicos del mismo, que posiblemente se hubieran considerado en un análisis individual, no son incluídos en las intervenciones, que suelen basarse en la representación visual de la idea, en el relato escrito que puede acompañarlo o en las asociaciones verbales que se presentan antes, durante y después de su finalización. En el dibujo conjunto de esta viñeta, por ejemplo, me pregunté por las letras inscriptas en el casco y velas, el aspecto y posición del timonel, único sujeto dibujado, y ciertos detalles que despertaron mi curiosidad, interés y desconcierto.

Los deseos de Martín de ver al padre con otro protagonismo y su anhelo de identificarse con quien fije el rumbo de una familia, y el de sustituir la frustrante familia que tiene por la que le gustaría tener, podría ser un comentario que recortaría qué de su mundo interno podría ser proyectado en el dibujo conjunto. O el del anhelo de lograr un acuerdo en el que cada uno encuentre el lugar más conveniente para que haya la mayor armonía en la tripulación de ese velero, sin tensiones ni desacuerdos. O el que el padre-capitán le diga a cada marinero-miembro de su familia, qué tiene que hacer en la embarcación. O que se sume lo que aún está incompleto, como hizo Martín, para tener una salida garantizadamente feliz, para recuperar el paraíso perdido, como una ilusión compartida. También se podría decir que tienen ganas de dejar atrás el territorio de las discusiones acerca de quién es el que hace mal las cosas o el culpable de que vivan nerviosos, y embarcarse en otras experiencias. Estas serían potenciales intervenciones desde el modelo estructural-identitario que procuran explicar qué pasa en el mundo interno y en lo intersubjetivo..

Pero hay también lugar para que, desde el entre dos o más, ese dibujo exprese, produzca, otras construcciones de sentido. Por ejemplo, que ese dibujo existe porque fue la manera compartida en la que fueron decidiéndose acerca de su forma y características. O que ese velero es un nuevo vehículo que en el dibujo deciden que exista, para ver qué rumbo va a llevar, así como están todos participando en una experiencia distinta, en la entrevista, porque es la primera vez que aparece una situación en la que maniobran cinco personas, tratando de

ayudarse, entenderse y conocerse, y pensar juntos cómo convivir con un mayor respeto y con una diferente colaboración.” Velero “es también una manera de nombrar nuevos espacios, como el de las sesiones, en el que puedan compartir de un modo más gratificante lo que hacen juntos, y pensar qué rumbos quieren tener. Legitimar una salida inédita a través de una propuesta consensuada, y diferenciable de otros modos en que se han pensado previamente. Estos comentarios son algunas posibles reflexiones desde una perspectiva situacional-acontecimental.

Conclusiones

El ir jugando y dibujando son, como praxis significativa subjetivante, aspectos fundamentales que integran el discurso lúdico. Pero no hay un copyright infantil que restrinja esta producción a los niños, pues todos los sujetos sociales pueden, en principio, llevarla adelante.

He planteado en este trabajo que la comprensión del ir jugando y dibujando en lo vincular supone la suplementación de los conceptos estructural-identitarios con las reflexiones asentadas en el modelo situacional-acontecimental, que opera con la lógica del Dos. Hay colegas, como S. Kleiman, J. Moreno , M.C. Rojas, S. Gomel y otros, que interpretan juegos y dibujos desde lo vincular, pero mi aporte ha consistido en detallar sistemáticamente e ilustrar en qué consistiría la diferenciación entre estos distintos modelos o ejes teóricos, que operan con

lógicas heterólogas. Como el deslinde entre ambos modelos es una cuestión de perspectivas, he aclarado en qué sentido empleo esta noción. Para acentuar la diferencia entre un modelo y otro, he discriminado situación, que ubico como un territorio particularizado en el eje situacional-acontecimental, de escena, elemento útil para el análisis de los sueños y otras expresiones del mundo interno de una persona, y extrapolable también a las lecturas de la intersubjetividad, sobre todo de aquellas que trabajan con la hipótesis de un aparato psíquico grupal. Esta distinción es aproximable a la que hay entre las transferencias, en las relaciones de objeto, como reiteraciones, y las interferencias, como creaciones, en los vínculos entre los sujetos.

Como el ir analizando, en la clínica tradicional y en la vincular, puede ser planteado como una variedad de juego reglado, he pormenorizado cuáles son las reglas que, en mi práctica de lo vincular, lo hacen posible.

Espero que mis ideas hayan sido claras y coherentes (sobre todo cuando hago lugar a las inconsistencias y discontinuidades) y los ejemplos presentados hayan ilustrado adecuadamente las teorías expuestas.

G. Deleuze (2015) escribió una carta a un amigo en la que propone que un libro debería polemizar con teorías erróneas, recordar aspectos significativos que hubieran quedado olvidados y aportar nuevos conceptos. Espero haber podido, en esta tesis, analizar las teorías consideradas, ratificando su validez, pero situándolas de otro modo, en relación con aquellas otras reflexiones que resaltan la importancia significativa y subjetivante del hacer conjunto.

El sendero interpretativo de estas experiencias creativas ha sido poco considerado, aún dentro de la clínica vincular y es probable que algunas propuestas que expuse acerca de las reglas del juego del ir analizando sean novedosas y puedan ser clínicamente útiles. Espero que haya habido encuentro y diálogo con mis reflexiones. Si sirvieron para hacer pensar, tal vez algunas de estas ideas podrán ser consideradas como punto de partida para nuevas bifurcaciones o trazar, a su lado, otros criterios interpretativos. A partir de este punto es el lector quien tiene la palabra. Cuento con su disponibilidad, como la que encontré en J. Puget cuando, con su proverbial generosidad, aceptó dirigir mi tesis. Termino este escrito con un poema que le dediqué en una ocasión reciente en la que fue homenajeada su memoria:

Puentes

Un puente no es un puente.

Un puente no es un hombre.

Un puente es un hombre que escribe (lee): un hombre cruzando un puente.

Palabras clave

Clínica vincular. Juego. Dibujo. Interpretación. Situación analítica

Bibliografía

- Anton, M.C. (2014) Jugar es una forma de libertad. Psicoanálisis con niños.
Perspectivas en Psicología. Revista de Psicología y Ciencias Afines, vol.11,nro.1,
mayo 2014,pp/100-104, Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.
- Asturizaga,E.;Unzueta,C.,(2008) El estatuto del juego en la clínica psicoanalítica
con niños . *Ajayu ,Departamento de Psicología de la Universidad Católica
Boliviana “San Pablo”, vol.VI, nro.1,pp. 1-21, La Paz.*
- Berardi,A.C.;Fazio,A.G.;Barrera,G.N.;Tombessi, F.N. (2019) Una propuesta de
“juego vincular” en psicoanálisis con niños Cap.6 de *Notas sobre el juego hoy.*
Galindo,R.G. y Miric,A.E. (comp.), pp.2-87, Edulp, La Plata
- Bignone,S.;Urman, F.(2018) De un hacer conjunto (gráfico y enunciativo) a otros
haceres subjetivantes.
- Berenstein I.;Puget,J.(1997) *Lo vincular. Clínica y teoría psicoanalítica.* Buenos
Aires,Paidos.
- Berenstein,I.(2001) *El sujeto y el otro. De la ausencia a la presencia.* Buenos
Aires,Paidos.
- Berenstein,I.(2004) *Devenir otro con otro(s).* Buenos Aires, Paidos.2008
- Berenstein,I.(2007) *Del ser al hacer. Curso sobre vincularidad.* Buenos Aires,
Paidos.

- Berenstein,I.(2010) El vínculo como relación entre otros. Presentado en el 4to. Congreso Internacional de Familia y Pareja. Buenos Aires.
- Deleuze,G.(2015) *Cartas y otros textos*. Buenos Aires, Cactus,2016
- Derrida,J.;Dufourmantelle,A.(1997) *La hospitalidad* Buenos Aires, de la Flor,2000
- Dolto,F.(1989) *La imagen inconsciente del cuerpo*. Buenos Aires, Paidos,2020.
- Ducrot ,G; Todorov, T.(1972) *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Buenos Aires, Siglo XXI,2014
- Freud,S.(1913).Sobre el inicio del tratamiento, *Obras Completas*,,vol.12.Buenos Aires,Amorrortu.1976.
- Gomel,S.(2017) Perspectivas vinculares en psicoanálisis. *Controversias en Psicoanálisis con Niños y Adolescentes, on line,nro.21, pp.135-145*, Buenos Aires.
- Kleiman, S. y otros (2001) Clínica psicoanalítica de familias con niños: enfermedad oncológica y vínculos en un enfoque inter-disciplinario. *Psicoanálisis, Vol.XXIII,nro.3* Buenos Aires
- Kleiman, S.(2004) El vínculo parento-filial en perspectiva de hospitalidad.*Psicoanálisis,vol.XXXVI,nro.3*, Buenos Aires
- Kleiman,S.(2005) Práctica vincular: familias con niños y adolescentes. En *Actualizaciones en Psicoanálisis Vincular*. Buenos Aires, APDEBA ,2006
- Kuras de Mauer,S. (2019) Configuraciones gemelares: tensiones entre lo semejante, lo distinto y lo ajeno. Tesis IUSAM pp.1-57,Buenos Aires
- Luzzi ,A.M.; Bardi, D.C.. Conceptualización psicoanalítica acerca del juego en los niños. Punto de partida para una investigación empírica en psicoterapia. *Anuario*

de Investigación. Facultad de Psicología, vol.XVI,pp.53-63,Universidad de Buenos aires, Buenos Aires

Moguillansky,R.; Seiguer,G.(1996) *La vida emocional de la familia*. Buenos Aires ,Lugar.

Moguillansky,R.; Nussbaun,S.(2014). *Teoría y clínica vincular. Discusiones clínicas vinculares*. Vol.2. Buenos Aires, Lugar.

Moreno,J.(2000). ¿Hay lugar para lo indeterminado en psicoanálisis? Cap.4 de *Clínica familiar psicoanalítica. Estructura y acontecimiento*. I.Berenstein (comp.) Buenos Aires ,Paidós,2000.

Moreno, J.(2009) Como trabaja el psicoanálisis en los niños. *Controversias en Psicoanálisis con Niños y adolescentes, on line, nro.4*, Buenos Aires

Moreno,J. (2016). Entre la inmanencia y la trascendencia.Cap.10 de *El psicoanálisis interrogado: de las causas al devenir*. Buenos Aires, Lugar.

Moreno, J. (2020) *Elogio a cierta ignorancia: el psicoanálisis en clave vincular*.Buenos aires, Letra Viva.

Ortellano, O. (2019) Acerca de la encopresis como síntoma principal a raíz del tratamiento de un niño TIF,pp.1-39, IUSAM, Buenos Aires..

Puget, J. (2010) Interpretaciones e intervenciones psicoanalíticas. *Docta, Revista de Psicoanálisis, Año 8,nro.6, Primavera de 2010,pp.34-46*, Córdoba.

Puget,J.; Selener,G. ;Urman,F.; Vorchheimer,M. y otros (2014) Un itinerario grupal. Trabajando diferencias. En *Sextas Jornadas Entre Instituciones Psicoanalíticas. Caso: “una familia silenciosa”*. Buenos Aires,AEAPG.

- Puget,J. (2015) *Subjetivación discontinua y psicoanálisis. Incertidumbres y certezas*. Buenos Aires, Lugar.
- Rojas,M.C. (2000) Itinerario de un vínculo: transferencia y transformación.Relato clínico: una familia silenciosa. En *Clínica familiar psicoanalítica. Estructura y acontecimiento*..I.Berenstein (comp.) Buenos Aires, Paidós.
- Urman, F. (1983) Una caracteropatía latente: los que triunfan al fracasar. En *Ensayos de Psicología Argentina Año 1983*. Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
- Urman, F.(1990) Una contribución para el diagnóstico diferencial entre las anorexias neuróticas (conversivas) y psicósomáticas (normadas). *Psicoanálisis, Vol.XII, nro.2-3, pp.439-456* Buenos Aires
- Urman, F. (2012) Una mirada psicoanalítica: el juego en la clínica vincular. *Controversias en Psicoanálisis de Niños y Adolescentes, on line, nro.11* pp.65-76, Buenos Aires.
- Urman,F. (2014). El abordaje en la clínica con niños impulsivos: una de piratas.
- Urman,F.(2015a) El dibujo en la clínica vincular. Instantánea del conjunto.Cap.11 de *Diálogos en construcción*. S. Kleiman (comp.),Buenos Aires,delhospital,2016
- Urman,F.(2015b) Familia con niños y adolescentes: una lectura desde lo vincular. Presentado en *Ateneo del Departamento de Niñez y Adolescencia de APDEBA*.
- Urman, F. (2015 c) Resistencias a la vincularidad y resistencias de la vincularidad.
- Urman, F. (2015 d) Familias con niños :perspectivas clínicas vinculares.

Urman, F.(2017-18) El juego del irse analizando, en la clínica individual y en la clínica vincular.*Revista En Clave on line, dela Escuela de Clínica Psicoanalítica con Niños y Adolescentes, nro. 14,dic.2019, Madrid,pp.43-51.*

Urman,F.(2018) Reflexiones acerca del análisis con adolescentes. Un co-pensar del hacer para devenir.

Urman,F. (2020 a) Intervenciones en la clínica familiar con niños (y adolescentes). Para suplementar el trabajo sobre “El juego del irse analizando...”.Borrador de ideas.

Urman, F. (2020 b) Bosquejos clínicos en tiempos de Covid: imposiciones de los cuerpos en el teleanálisis. Presentado en *Simposio APDEBA*. Buenos Aires

Urman,F.(2021a) Construir hospitalidad en el juego de ir inventando psicoanálisis.

Urman,F.(2021b) Encuentro de dos desconocidos en una tierra extraña.(Uno dice ser aviador y el otro un principito).

Valeros,J.(1997) El jugar del analista. Buenos Aires. F.C.E.